

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Octubre de 1897

Número 57

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.60
En campaña	0.80
En el exterior	0.70
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspigera, Teja y C.^a

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—(SOBRE LENGUAJE), por Daniel Muñoz—Es el idioma, por Gasparino Arigo—Palabras inventadas, por Federico Solís—La castellanidad, por Leopoldo Lugones—Oxímoros Montevideo, por Victor Pérez Petit—Estruendo, por Antonio Lambrini—Plus ultra, por Gerardo García Hamilton—Baccanos de Venezuela, por Félix de Solís—Dos sietas, por Julio Domínguez—Resoluciones, por Ismael Jara Jirca e Ibarra, por Pedro C. Miranda—Lenguaje, por Emilio Bertrán—(SOBRE LENGUAJE)—MÉDICA LEGAL, por José Ferrando y Glaziano.

«Sobre lenguaje»

Roma, 4 de Setiembre de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil.

Montevideo.

Estimado señor:

Acabo de leer su interesante folleto *Sobre lenguaje* que hace pocos días me llegó enviado por V., y precedido de una carta de mi joven amigo José Barboza Terra, quien me anunciaba el envío del folleto interesándome a la vez en su lectura, recomendación sobrepabundante tratándose de una obra de V., que ha alcanzado ya ese raro prestigio de hacerse leer, que debe ser la suprema ambición de los que escriben para el público.

Tal vez tiene V. en algo mi opinión en la materia de que su libro trata, ya que he dado algunos en decir que cultivo medianamente mi idioma; pero, en conciencia, no tengo título ninguno que me acredite como crítico filólogo, pues no he hecho los estudios necesarios en que pudiera cimentar una autoridad competente, y a la fecha, ya es viejo Pedro para cabrero. Escribo *de oído*, como ciertos aficionados de la música, y si no desafino a veces, es por pura intuición. Ya comprenderá V., pues, que con esa falta

de preparación, mal podría medirme con quien, aun por la sola razón del cargo que desempeña en nuestra Universidad, tiene forzosamente que andar a las vueltas con diccionarios, léxicos, filologías y antologías del buen decir.

Pero, valga o no valga, diré a V. lo que pienso de esas tentativas de compilar, organizar y refundir en un solo vocabulario todos los *americanismos*, comprendiendo dentro de esta denominación las palabras y modismos usados en la América de habla española. Por de pronto, considero imposible hacer un solo diccionario de *americanismos*, y lo más conducente para llegar a una obra completa sería empezar como lo ha hecho el señor Daniel Granada con su *Vocabulario Rioplatense*, es decir, con diccionarios puramente regionales, que sirvan más tarde para un serio y paciente análisis filológico que sepa encontrar, entre las mil variantes que desde la Pampa hasta Méjico ha sufrido una misma palabra o locución, su etimología, para reducir en lo posible el número de tantos vocablos que parecen exóticos en el idioma, y que en realidad no son otra cosa que corruptelas debidas a diversas causas, entre las cuales son muy de tenerse en cuenta las del origen de los pobladores de cada región, las de vecindad con poblaciones de distinto idioma, las de influencia del elemento inmigratorio y aun las que determinan inflexiones especialísimas por razón de la estructura general de los dialectos indígenas. Y a todas estas y otras muchas causas circunstanciales y locales, hay que agregar una de carácter más general, cual es la ignorancia de los que primeramente llevaron a la América el habla castellana.

Pero dentro más difícil será llegar a formar un vocabulario completo de neologismos sudamericanos, será indudablemente en nuestros países del Río de la Plata, por la heterogeneidad de elementos que los pueblan, cada uno de los cuales trae de su país, de su región, de su aldea, palabras y locuciones especiales, que ya viciadas en su origen, se envician y adulteran mas aun al incorporarse al lenguaje predominante. Me bastará recordar simplemente lo que ocurre con los apellidos, para dar una idea general de las variantes y transformaciones que sufrirá otras palabras que no tienen la documentación que todo apellido debe tener. Entiendo, por ejemplo, que el apellido vasco Etxevarría se escribe y pronuncia genuinamente tal cual lo dejó escrito.—Pues bien, solo en nuestro país, yo conozco, además de Etxevarría, otros apellidos que se escriben y pronuncian: Echevarría, Echevarria, Echarvarria, Cheverría, Chaverna, Chavarría, además de las variantes con *b* y *v*.—No cabe duda de que todos estos ape-

lidos son uno mismo, que la ignorancia de unos, el descuido de otros, la poca minuciosidad de algunos párrocos que han asentado en las partidas bautismales los apellidos como mejor les ha sonado, han venido corrompiendo, sin que el uso pueda autorizar a nadie a que los anote como apellidos verdaderamente existentes.—Y de propósito he citado un apellido vasco, porque creo que todos ellos, o la mayor parte por lo menos, tienen una etimología significativa, de manera que la adulteración sería siempre fácil enmendarla, como sucedió con el apellido de uno de los Treinta y Tres, a quien por muchos años se llamó *Piquiman*, y a toda su familia se la siguió llamando *Piquiman*, y aun hubo muchos que así lo escribieron, hasta que alguien descubrió entre viejos documentos que el verdadero apellido era *Spierman*, como lo escriben hoy todos, aunque yo creo que si bien debe pronunciarse así, no es así como debe escribirse, sino *Speherman*, que en su origen inglés quiere decir *hombre hablador*.

Yo atribuyo mucha parte en la anarquía que reina en el idioma castellano a la excesiva tolerancia con que la Real Academia Española ha acogido e incorporado al Diccionario de la Lengua provincialismos, regionalismos, aldeanismos y otras voces de evidente origen extranjero, como *devalant* por *delantal*, *docheh* por *campanario* e infinitas mas que sería largo citar.—Como me parece inconcebible que un diccionario oficial de un idioma, acepte como consagrada por el uso la palabra *siervienta*, que es simplemente una vulgaridad, como la de nuestros paisanos que no comprenden que lo mismo se pueda decir *cual* respecto de un caballo que de una yegua, y así por ejemplo si se les dice:—«Enlace la yegua baya», preguntan:—«*Cuala*, patron? Y en los bailes dirigidos por un bastonero, cuando las parejas se deshermanan y sigue uno bailando con otra compañera que la que le corresponde, grita el director: *Orden, señores! cada cual con su cada cual!*

«Sería esto motivo bastante para que en un diccionario de americanismos se incluyese la palabra *cuala*? Y sin embargo, *cuala*, como vulgarismo, no lo es mas que *siervienta* o *presidenta*, y admitido esto, no habría razón para no poner *amanta* y *prudenta*, y acabar en fin por feminizar la terminación de todos los participios de presente cuando hayan de aplicarse a personas o cosas del sexo femenino.

Entre nosotros, hay una gran tendencia a incorporar al idioma voces ajenas a él, aunque tengamos la palabra propia para expresar la misma idea, y así por ejemplo es cosa corriente decir: «Fulano le *chamó* una fresca a Zutano», cuando pudiera decirse correctamente: le *plantó* una fresca.

Don Ricardo Palma o algun otro de los filólogos de las Repùblicas del Pacifico se devanarìa los sesos por encontrar el origen del verbo *chantar*, y tal vez acabaría por cortar por lo sano haciéndolo derivar del francés *chanter*, ya que a final de cuentas no sería muy disparatado interpretar que significa: *cantar una fresca*. Pues no es así; *chantar* viene del dialecto genovés, y quiere decir precisamente *plantar*, como se oye muy generalmente decir en el juego de las bochas *chanta*, que es el golpe de dejar plantada la propia bocha en el sitio que ocupa la contraria, desahojando a esta. El campesino genovés dice siempre *chiantare* (léase *chantare*) en vez de *plantare*, y del roce continuo con genoveses es que nuestros criollos han tomado esa locucion de «cantar una fresca», «chantar el puñal entre las costillas», «dejar chantada la bocha»; pero por mucho que se haya generalizado la palabra en el Rio de la Plata, no puede considerarse y adoptarse como americanismo, pues ni siquiera tiene el abolengo de un idioma, sino que deriva de un dialecto localísimo, que no puede darle títulos para imponerse a un lenguaje de nobilísima estirpe como el español, que sin embargo soporta otros injertos como *edecan*, de *aide de camp*, ayudante de campo; y *retreta*, de *retraite*, retirada; y ¿qué más? No es cosa que me hayan contado, sino que yo he visto escrita en la lista de una comida que se servía en una fonda española, y publicada en un diario español, de Madrid mismo, la palabra *ordubres* (sic), por *hors d'œuvre*. (No la adoptará, en su próxima edición del Diccionario, la Academia de la Lengua, como impuesta por el uso de los fonderos matritenses? Es tan vulgar eso de decir *fambres*. Hasta parece que han de tener mejor sabor llamándolos *ordubres*!

Por donde debemos lógica y racionalmente empezar, nosotros los americanos, es por purificar el idioma que hablamos, reconstruyendo las palabras en su forma de origen, en vez de cargar con las variantes que el mal uso ha introducido.—Miguel Cané, uno de los escritores más brillantes del Rio de la Plata, hablando en su libro *En Viaje* de una excursión a caballo, no recuerda si en Colombia, habla de la *sotera* de su látigo, y escribe así la palabra. ¿Sería bastante la autoridad del indiscutible talento de Cané para que cualquier recopilador de neologismos americanos pudiese en el Vocabulario:—*Sotera*— parte del látigo con que se castiga al caballo? Pues así se han hecho muchos neologismos, sin entrar a estudiar que *sotera* es simplemente una corrupción de *azotera*, es decir, aquello con que se azota a la bestia; solo que como la *a* del artículo *la*, se confunde con la *a* inicial de *notera*, nuestros paisanos han acabado por suprimirla, y como al pronunciar no distinguen la *s* de la *z*, dicen *sotera*, y todos han seguido diciendo siempre *la sotera* del látigo o rebunque.

¿Qué habría que hacer entonces para restablecer el uso de la palabra legítima *sotera*, en vez de adoptar como neologismo *sotera*? Pues simplemente enseñar un poco de *etimología* a los chiquillos de nuestra campaña, en vez de enseñarles tantas otras majaderías

pseudo-científicas con que les revuelven los sesos y que no les sirven despues para nada.—Y para empezar, lo primero debería ser enseñar cómo se llaman propiamente aquellos utensilios que tiene mas a mano el niño campesino, y explicarle que así como la *sotera* es la *azotera*, porque con eso se azota, así tambien la argolla en que se prende el lazo, no debe llamarse la *sidera*, sino la *asidera*, porque en ella va asida la presilla del lazo; y que la parte a que van sujetos los estribos no es la *siniera*, como todos dicen, sino la *accionera*, porque en ella van prendidas las *acciones* del estribo que comunmente llamamos *estriberas*. (En el *Quijote*, en la aventura de los batanes, dice Cervantes que era tal el miedo de Sancho, que no acertaba a desahirse de la *accion* del estribo de su amo.) Y siguiendo por las prendas del apetro, debería enseñar el maestro al niño campesino que la *jeriga* que se pone sobre los lomos del caballo no se llama *bajera*, sino *abajera*, como debe llamarse *encimera* a la parte superior de la cincha y no *siniera* como dicen los paisanos.

¿No es mucho mas lógico buscar el origen legítimo de cada uno de estos y muchos otros vulgarismos, que adoptar como palabras nuevas todas las bastardas que la ignorancia ha generalizado? Pero, me dirá V., ¿cuántos años pasarán antes de que nuestros gauchos se decidan a llamar *petral* a lo que ellos llaman *pretal*, y *cabestro* a lo que ellos siempre han conocido por *cabresto*? Pasarán muchos, no lo dudo, pero ¿importa mas que sepan los ignorantes cómo deben llamarse propiamente las cosas, que hacer que los que no quieren serlo, tengan que someterse a la imposición de barbarismos inútiles. Ahora, si me pregunta V. cómo digo yo esas palabras, me coje V. en un renuncio; porque yo, francamente, digo *pretal*, y digo *cabestro*, pero al mismo tiempo le confieso que yo no hago gala de bien decir y sigo la corriente, aunque siempre que la oportunidad se me presenta, explico cómo debe decirse y por qué, que es lo mas importante, porque nada hay que fije más el significado y la forma de una palabra que el conocimiento de su origen, y por eso creo yo que debe incluirse entre las primeras enseñanzas la del latín y del griego, por mas que a la pedagogía moderna se le ocurra que es esto una monstruosidad, que no lo es, pues está tan al alcance de los niños, que ha de saber V. que yo, y a la par que yo, todos los que conmigo se educaron en el Colegio Británico, sabíamos a los diez o doce años de edad el origen latino o griego de casi todas las palabras corrientes, y tan eficaz fué la enseñanza, que he de decir a V. que habiendo dejado la escuela antes de cumplir mis trece, no he necesitado despues de mas diccionarios para comprender el significado de los muchos centenares de términos nuevos que las ciencias e industrias modernas van lanzando a la circulación todos los días.

Volviendo a nuestro tema, me permitirá V. mi joven amigo, que me de el lujo de inventar yo tambien un verbo nuevo, para decirle que bueno es no *abulmar*, pero bueno a la vez no ser tan *tolerante* hasta el punto de hacer del Diccionario de la Lengua un asilo de espositos que acoja amorosa-

mente a todos los bastardos que le estorban a la puerta. Y cuidado que hay prole natural, adulterina y hasta sacrilega en nuestro idioma sudamericano!

¿Es la pluralidad del uso la que puede determinar la adopción de palabras corrompidas? Pues entonces la lógica nos debe llevar a empezar por aceptar en la conjugación de los verbos la forma genuinamente rio-platense, y decir y escribir *andá, vení, comé, querés, es sic de ceteris*, cuya autenticidad podría documentar con muchas mas citas que las que V. eruditamente ha compilado en su folleto, sin mas trabajo para mí que el de transcribir íntegras las poesías de Hidalgo, Ascascubi, Del Campo, Lussich y tantos otros cultivadores del género gaucho.

—Se dice así, pero no se debe decir, argumentará V.—De acuerdo; pero entonces, tampoco se deben decir otras muchas palabras que ha corrompido el uso, y que sin embargo los que andan a caza de neologismos americanos pretenden incorporar al idioma sin mas autoridad que la de la costumbre.—Hay sin embargo tantas malas costumbres. Hay hasta esta de dar un acosón epistolar a quien, como V., no tiene mas culpa que la de haberse acordado de un ausente para enviarte un libro que mucho le agradece.

Entretanto, como es muy posible que haya llegado a conocimiento de V. cuán contrariado me tiene la publicación de algunas cartas que he escrito en caracter privado, debo decirle que de esta puede V. hacer el uso que mejor crea, a condicion de que si la publica, ha de salir V. a defenderme de los ataques que provoque.

Con lo cual voy por ganada mi causa y a V. las gracias por su atencion.
De V. affmo. S. S.
DANIEL MUÑOZ.

EN EL ROSAL

Algunos escritores uruguayos según José Enrique Rodó.

Dijo una nevada rosa escarchada de rocio, a una linda mariposa que volaba presurosa hacia la margen del rio:

—Mucho se madurga, hermana! aun la aurora está lejána... ¿Vas a alguna fiesta, acaso, que sales tan de mañana con tu vestidito rosa?

—No me gusta el caribseo, y haces mal en evitar que salga en una rosa escarchada... ¿Se te hacen un levante?

—Hija, ¿qué he de sospechar!

—Ya sabes, que soy esquiva del amor a los arullos y lo seré mientras viva; conque, adiós, bella cautiva... mil besos a tus capullos.

—¿Por qué te vas tan ligera? —Perdoname; hay quien me espera y debo partir al punto; tengo que hablar de un asunto a un... clavel.

—Habrá embustera! —Me ofendes de un modo cruel con ese lenguaje, rosa. —A la verdad no eres fiel. —Te juro!...

—No es un clavel quien te espera, mariposa. —Pues para expresarte así algo sabrás, que yo ignoro. —Sé que amas con frenesí a cierto insectillo de oro que ha enloquecido por tí. Y sé que cuentan... horrores de esa pasión malhadada, los arroyos bulliciosos, el Céforo en la enramada... —¡Valientes murmuraciones! —El Céforo... su albedrío rindióme, al ver mi donaire, y le hierne mi desvío... —¿Le desdenas?

—¡Bah! mi río de un amor que es sólo aire. Nada a lighizarme le ayuda... —¡Hacia aquí viene, sin duda! contempla aquella amapola cómo mueve la corola... —¡Es que lo vió y le saludó! ¿Eso te admira?

—¡Ah, tanaute!... ¡escándalo semejante! —¡Por Dios! ¿qué ocurre? —¡Que ha impreso un apasionado beso en su corola brillante! —¡Insidia tuya!...

—¡Por vida!... no es ilusión; la ha besado y ha huído de ella en seguida... —¡Observa cómo ha quedado la amapola, de encendida! ¡Vaya un fídlido imoral! no quiero sufrir desdoro contemplando escena tal, y por vengüenza y decreto abandono tu rosa!.

—¿Un beso puro é inocente te asasta? ¡qué timorata! —Y no es é mi solamente... ¡mira cómo está la fuente echando chispas... de plata! —Pues no ves más que vistosas, laras muy bien marchante para ahuyarte de las cenizas.

—¡Ahur! —¡Ahur... y voy a volar! —¡Le desdenas? —No; que así es. —¿Por qué te sonrias? —¿Yo? —¿Me has pagado el gándal!

—Ayer me lo presentó una libélula azul. —(Alguna perdida) Ignoro de qué insectillo se trata, ni si viste, por decoro, bruñida coraza de oro é corselete de plata. —Pues él confesóme ayer que le amas... —

—¡No pueda ser! —Y a no andarte con cuidado, lo van a comprometer, porque el insecto... es casado. —¿Qué dices? ¡calumnias tal!... —Con que deja mi rosa!, que allá en el bosquecillo umbrío que se extiende junto al río, mirándose en su cristal, te aguarda el insecto de oro para ofrecerte el tesoro de amor puro, en que se enciende, ya que tu pudor no ofende ni lastima tu decoro.

Sumida en dulces embeleso, con tu tierno amante á solas, no sufrirás con exceso viendo é Favonio, travieso, besar á las anupolas. —Su pasión, que nada enfrena, á más de cuatro sufrirá. —No me extraña: se condena la falta, cuando es ajena; la propia, ¿quién la censura?

CASIMIRO PRIETO.

Buenos Aires.

PÁGINAS INÉDITAS

Diviso con amor el alto cerro que dió nombre á la segunda metrópoli del Plata, porque un marinero castellano de la expedición de Magallanez, que no habia perdido los recuerdos de la dominación romana, exclamó, al contemplarlo desde la copa de mesana y en el más puro latín: *montem vidéo*. Entre en el anfiteatro de su animada rada, poco cerca á la isla de *Araos*, no sé por qué así llamada, y el bullicio de la marinería, el crujir de las maromas, é balanceo de millares de buques que semejan un bosque flotante de mastiles ondulantes, é silbado de las calderas que sueltan vapor, é chirriar de las cadenas del ancla que se bota ó se recoge, é batir de los molinetes, la carga y la descarga sobre los muelles de piedra, las rampas ó los malecones, y el enjambre de embarcaciones menores, que cargadas de tripulantes, se deslizan como aves marinas, batiendo las aguas verdosas con el golpe acompasado de los remos: todo eso indica la aparición de una nueva Tiro americana, y el pensamiento conculpa en el futuro, desbordante de poder y de riqueza, á esta ciudad marítima, llave de dos Repùblicas, destinada á ser una de las más grandes ciudades que ban las costas del Atlántico, cuando su comercio se extienda en toda la periferia que le da su posición

geográfica y remontando sus naveos los caudalosos ríos, vayas á los Estados del Plata, del Paraguay y de Bolivia y á las Provincias occidentales del Brasil. De pie, sobre la cubierta, yo me extasiaba en estas visiones vividas y me engolfaba en estas meditaciones gratísimas, fija la mirada sobre la carta geográfica y fijo el pensamiento en el recuerdo de los tiempos pasados.

La carta y la historia eran para mí dos faros que iluminaban á mis ojos esta joven República, nacida de la victoria de Ituzaincú, como Bolivia de la victoria de Ayacucho, como Bolivia de la victoria de Ayacucho, por analogía de destino. Antes de descender de la nave que me conducía, placía á mi fantasía absorber las luces y el dibujo de panorama tan bello como el que se desplegaba á mis ojos. Al frente se alza la perla, la coqueta del Plata, como la llaman los poetas, ciudad gaditana de América, semi-oriental como Cádiz, con sus terrazas abiertas y sus esbeltos miradores que semejan arabigos minaretes, donde asoman á veces, brillando como estrellas, ojos negros de sultana americana, graciosa de formas y de expresión amante. Á la izquierda se extiende, como una cinta de plata, la playa de arena blanquisca, bordeada de huertas alegres y coronada por el Cerro de la Victoria, donde hijos de mi Patria alzaron un día nuestra bandera de libertad, como enseña de despotismo. Á mis espaldas se levanta el cerro colosal, con su farola gigantesca, protectora de navegantes, y á mi derecha se abren, como el infinito; el Rio de la Plata y el Océano Atlántico, invitando á la joven República á aspirar en su grandeza y en su inmensidad.

Las construcciones que como un muro de granito terraban por el mar esta antigua plaza fuerte, han caído, y la vista puede seguir de un extremo á otro la línea de las calles rectas que trazó Zabala, general español que en el siglo XVIII improvisaba ciudades, sin ostentación y sin aplauso. Necesidad de las exigencias modernas ó exigencia del espíritu novador de la Revolución, la arqueología americana tiene que deplorar la desaparición de estos términos elocuentes de la sociabilidad y de la civilización colonial. Las murallas de Montevideo eran una espléndida manifestación de la pujanza ibérica que superó á la osadía romana. Los colosales acueductos ceñían ante estos baluartes que desafiaban los siglos y la eternidad. Aquellos eran de ladrillo, de tierra quemada; éstos eran de granito secular que sólo se rompe con la pólvora y sólo se trabaja con mano de acero. Pero ya suena la campana de despedida del vapor, como señal de desembarco, y las embarcaciones conductoras se aprestan a izar la vela y desatar el cable. Entrarémolos antes de tocar el muelle y entrar en la ciudad histórica, á evocar su agitado pasado y animar las sombras de las grandes personalidades que se aizan sobre sus cimas gloriosas, por haber actuado en sus progresos y generado con su propia vida la propia vida nacional.

Esta banda oriental del Plata fue en esta región la primera tierra conocida y visitada por los europeos. Díaz de Solís, cuyo nombre debiera conservar con justicia est: an-

churoso río, fué el primer mártir caído en las aras cruentas de la civilización de estas comarcas, asasinado por los bellicosos charrúas. Después de él vinieron otros, como los soldados que ocupan los claros, pues la España de entonces, sin más ley que la ley del heroísmo, empujaba á sus hijos al sacrificio generoso, como la única aureola digna de sus frentes, en aquella fuerte tendencia de ideal grandeza que arrastraba á la nación ibérica. Demos las gracias á estos héroes, factores ilustres de nuestra actualidad; navegantes preclaros de quienes ha hablado Navarrete, pero que están esperando la apotheosis de la inmortalidad, en el mármol y en el bronce, que la América y el Mundo les debe.

La España, por un espíritu administrativo y de colonización cuya bondad el tiempo ha confirmado, lejos de establecerse en las costas, levantaba sus primeras ciudades en el interior, porque su objetivo, primordial y preferente, era tener posesión real y definitiva de la América. Así fué que la Banda Oriental, primera región conocida y explorada del Río de la Plata, fué la última colonizada. Durante casi un siglo permaneció estacionaria y desierta, aun cuando se levantaban imperios, como la Asociación, Buenos Aires y otras ciudades menores. Lo único en que creció durante todo ese tiempo de su largo abandono, fué en ganados, reproducción numerosísima, al favor del calor de una naturaleza generosa, de las crías que Cabeza de Vaca soltó en las tierras del Brasil, las que se fueron extendiendo, buscando zonas más hospitalarias, por el agua, por el pasto y por el clima. Así pues el territorio oriental, antes de ser colonizado, vino á ser una vastísima estancia, por la acción espontánea de la naturaleza, de la casualidad y de las cosas. Esta riqueza prematura fué la causa del retardo de su población y el combustible de sus largas contiendas civiles y del aspecto feroz que revistió su sociabilidad en sus albores. La Colonia Argentina se proveía gratuitamente y sin esfuerzo en esta fuente inagotable que la naturaleza cuidaba de colmar; los ganados bravos, sin más dueño que el señor del dominio eminente, eran entregados á la fauna de los favorecidos por el soberano que en las corambres levantaban pingües fortunas. Á su vez las indias, de charrúas tenfan en la numerosa vacada el elemento á la mano, fomentador de su indolencia, y en las mandas de vigorosos potros, el rápido conductor, para sus correrías de pillaje á que los empujaba, no la necesidad, sino la hartura, que buscaba en la acción la válvula de escape para las fuerzas acumuladas. Estos indios, fortalecidos por el abundante alimento, despejados por la vida libre y sin cuidados, y endurecidos en el ejercicio rudo y diario del caballo, generaron en su desarrollo vigoroso las *puéblas* errantes y fuertes, que habían de dar sus tintes á la fisonomía reciente uruguayaya, robusta y agreste como el viento que sopla en las montañas de las montañas, que espera el momento del tiempo para su sacudimiento y levanta las masas de humos blancos y cenicientos como el desierto esperaba a sus caudillos

naturales, que las empujaban con el vigor de un brazo heroico á sus destinos. Estos caudillos están próximos; van á ponerse á su frente, para regenerarlas de su barbarie nativa, con el hierro y con el fuego, como la naturaleza regenera al hombre en el dolor, bautismo angustioso y necesario de esta pobre humanidad. No serán de su raza; serán de raza ibérica, sus compatriotas sólo por la tierra del nacimiento; serán encarnaciones del voto de Solís al espirar, como Mario nació de un puñado de polvo que el último de los Gracos arrojó al cielo, al caer.

Profetas terribles, bocetos grotescos de lo porvenir, aparecerán como aparece el huracán, talando y destruyendo, pero dejando el surco hondo de su pasaje misterioso. Como la tempestad, como el incendio, como el cataclismo, como el terremoto, habrán barrido, arrollado, aniquilado; pero, como la tempestad, como el incendio, como el cataclismo, como el terremoto, limpiarán de la broza, perfilan, nivelan, afean, ellos han amasado, cincelado, y burilado á esas masas, haciéndolas pasar por las evoluciones de posteriores progresos.

En las faenas rudas del campo, sobre el potrero redondo, está ensayando sus fuerzas el Ávila de estas lomas hambriento de invasión y movimiento.—Las correrías del contrabando primero y las persecuciones á los contrabandistas después, le dan el conocimiento palmo á palmo del teatro de sus futuras empresas, lo ponen en contacto con los hombres y le facilitan el estudio de las razas que ha de dominar, invasar y encaminar. Más tarde; el capitán de blandengues absorbe, como esponja, en el cuerpo veterano, la instrucción militar que le va á ser necesaria, y obedeciendo á sus instintos, á los impulsos del localismo y á influencias misteriosas, pero reales, que partían del destino de su propio país, se hace el campeón armado de las ideas federales derramadas por Moreno prematuramente en el Plata y levanta á la vez la bandera de la hegemonía de su comarca nativa en los destinos y porvenir del virreinato caído.

La historia, en su piedad justiciera, tiene que reconocer á estos caudillos espontáneos y conaturales á su propio escenario, su activa y profunda concurrencia en el desarrollo de la sociabilidad y nacionalidad incipientes. Sus personalidades grotescas é incorrectas sólo pueden hoy figurar en el museo de la historia, como restos fósiles de las edades terciarias de la vida social, pero no permite el rigor filosófico y científico negarles que tuvieron el organismo y complejidad propios de su medio y que sirvieron y concurren á las exigencias de su tiempo, dejando la huella de su paso y de su acción, profundo el uno y volcánica la otra, como manifestaciones rudimentarias de la expresión desbordante y tumultuosa de la vida naciente.

La posición geográfica del territorio oriental, separado del territorio argentino al sur por el ancho del Río de la Plata, al este por el Uruguay, situado al oeste del Brasil que sus numerosas y con su puerto principal en la embocadura del caudalero, no que le da una independencia característica y activa, ha generado por

si sola, su porvenir, su historia y su destino. Esta especialidad de su situación ha sido el cebo de la codicia extranjera por poseerla, y su himno patrio expresa bien el pensamiento, cuando dice:

Porque fuese más alta tu gloria,
Y brillase tu precio y poder,
Tres diademas, ¡oh Patria! se vieron,
Tu diamante gazar y perder.

Estas condiciones geográficas, así como los serios y trascendentes acontecimientos históricos que se produjeron por razón de ellas mismas, tales como las eternas disputas y las contiendas armadas con Portugal primero y con el Brasil después, la ocupación militar y la anexión sucesiva á estas monarquías, la batalla de Ituzaingó y la aparición de una nueva república por una transacción militar por la obra de la diplomacia, la acción poderosa del contrabando como incitación y preparación á la libertad de comercio—generaron y desenvolvieron en la población uruguayaya, no sólo el sentimiento robusto de su autonomía, sino aun más, la idea y el pensamiento de su hegemonía en el Plata y de su independencia después; sentimiento, pensamiento é idea que sus vates han expresado en los albores de la República en estos versos de noble arrogancia:

Calla Esparta la inmortal,
Oculte sus glorias Roma;
Calle el mundo, que ya asoma
La República Oriental.

Derivado el pueblo uruguayo del pueblo argentino, crecido y engrandecido bajo la acción y el poder del Virreinato, cuyos tesoros, cuyos recursos y ejércitos absorbió por mucho tiempo hasta el año 28, no podía aperebirse fácil y prontamente de su destino, ni menos separarse rudamente y sin esfuerzo de su cauce originario. De aquí su lucha de Edipo entre la naturaleza y la fatalidad inflexible; de aquí esos desfallecimientos, esas incertidumbres, esas contradicciones, esas intermitencias fulmineas de pasión y repulsión que dieron una fisonomía incierta en las luchas del Virreinato con los portugueses primero y después durante las guerras de independencia y de consolidación.

Artigas era el caudillo que más ha reflejado esta neviosidad de su país irregular y febril. Él ha encarnado en sí las aspiraciones y las intuiciones de su pueblo, con la vaguedad unas veces de su fibra relajada é indecisa, con la altivez otras de las visiones y fantásticos deslumbramientos que pintaba y poeizaba la tierra natal. El caudillo siguió una marcha vacilante y dudosa; ya servía al gobierno español y ya lo combatía, y se rebelaba ó se sometía al Portugal, al Brasil ó al gobierno argentino con una volteriedad sólo explicable por la filosofía que adoptamos para la explicación de los hechos históricos, para descubrir la razón de los acontecimientos y el móvil y la fuerza que empujaba á los actores. No creyeron en su tiempo los agitadores de su país y que así han sido mirados, no habiendo sido en definitiva, más que instrumentos de la naturaleza, elementos pasivos que el desarrollo

de las cosas empujaba y que habrían sido arrollados, si hubiesen resistido á su imperio.

Al trasluz de este prisma, la figura del caudillo uruguayo cobra majestad, su fisonomía se hace simpática ante la posteridad y su vida política y militar explicables á la crítica histórica.

La filosofía de la historia, que ha llamado salvadores, *flagelum dei*, á los bárbaros del Norte que invadieron la Europa, no puede llamar bárbaros á los agitadores de pueblos cristianos, que tuvieron la tala de su país y de su época y debieron servir sus intereses y consultar sus destinos, cuando las multitudes los obedecían y seguían.

Pero cortemos esta disertación incidental como un recuerdo póstumo á las grandes personalidades del pasado borrascoso y caótico de esta región ilustre; dejémos á Artigas, á Lavalleja, á Rivera, á los prohombres civiles y al pueblo que los acompañó y los secundó que justifiquen ó defiendan su causa ante el tribunal imparcial, sereno y justo de la posteridad. Mientras tanto, nosotros descendamos del vapor, para pisar con amor esta tierra hermana, gloria del Plata, que ha tenido la altivez de estar par en su himno patrio, como dogma político, el concepto de estos versos que habría envidiado en su escudo la Roma de Bruto:

Si enemigos, la lanza de Mariel
Si tiranos, de Bruto el puñal

Pisamos con respeto el suelo histórico de esta ciudad de San Felipe y Santiago, de esta nueva Troya que ha tenido sus Aquiles y sus Héctores y espera al Homero que cante su epopeya, para ejemplo de América y gloria suya. Ciudad de ayer, puede decirse, pocos hay en el Plata que no conozcan su pasado y pocos que no la hayan visitado por su proximidad. Pero en el resto de América no es así; allí se ignora que aquí se improvisan hoy, como se improvisaban bajo de la Colonia, como por obra de encantamiento, ciudades superiores á Barcelona y Cádiz, á Marsella y Génova y á otras muchas ciudades históricas y seculares de la vieja Europa.

Como en 1624 se creó, cerca de la afuente del río Negro, la fundación de Santo Domingo de Soriano, para contener las depredaciones de los paulistas, en 1726 don Bruno Mauricio de Zabala fundó la ciudad de Montevideo, para contener las repetidas tentativas de apoderarse de la Península por parte del Portugal y poner coto al contrabando y al robo de ganados.

Las primeras familias que poblaron á Montevideo salieron de Buenos Aires, á las que se incorporaron después otras llegadas de las islas Canarias. Por real cédula de 1725 se prevenía á la ciudad de la Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires: que siendo de su propio interés estas poblaciones, para asegurar la campaña de la Banda Oriental, donde era preciso recurrir ya por la falta de ganados, que se experimentaba en la de Buenos Aires, procurasen por su parte atraer las familias que se pudiese, para poblar dichos sitios, suministrando los medios que necesitasen, y á lo cual coadyuvaría el gobierno de Zabala.

Zabala, por auto de 28 de agosto de 1726, manifestó al Ayuntamiento de Buenos Aires: «cuán conveniente y de real servicio sería que las familias que se esperaban de España hallasen otras del país en el paraje de Montevideo con quienes comunicar, y que para ello pudiese por su parte el Cabildo los medios que tuviese por más conveniente en orden á conciliar algunas familias de las muchas que vagaban en aquella jurisdicción, sin tener tierras propias que habitar y otras que voluntariamente se quisieren disponer á pasar á aquella población, haciéndoles saber con lo que se podría contribuir, para su mantención y bienestar.»

En 24 de diciembre de 1726 procedió don Pedro Millán, por orden del Capitán General y Gobernador de Buenos Aires, á señalar el término y jurisdicción de la ciudad, á la delimitación de las cuadras que habían de repartirse por solares á los vecinos, así como al trazado de las suertes de tierra para dehesas.

Terminado el repartimiento de los solares y quintas y levantado el libro de registro y padrón se asentó en él las festividades que se habían de celebrar cada año, y quedó nombrado por comandante del Partido: el capitán don Francisco Antonio de Lemus.

Posteriormente se practicó la mensura y deslinde del Ejido de la ciudad, se repartieron chacras á los vecinos y suertes de estancia, estas últimas, cada una de 3,000 varas de frente por legua y media de fondo. Se distribuyó á cada poblador 200 vacas y 100 ovejas, carretas y bueyes para el acarreo de los materiales de construcción, semillas para las siembras y herramientas para el trabajo, declarándoles exentos del pago de alcabala por el tiempo que determinase el rey; se declaró hidalgos de solar conocido á los pobladores de Montevideo y sus legítimos descendientes y además se ofreció transporte libre á todos los que quisieran venir á poblar desde Buenos Aires.

Este procedimiento de colonización lo usaron los Españoles en todas las poblaciones que fundaron, y debido á él es que pudieron descubrir, conquistar, explorar y colonizar todo un continente en tan breve plazo relativamente y sólo con los recursos de su nación. Á la verdad que, causa extrañeza ver poner en práctica á principios del siglo XVIII procedimientos tan rápidos de colonización que nosotros recién principiámos á ensayar. Todo en él está previsto y encaminado á un resultado inmediato y seguro. Las tierras medidas, amojonadas y repartidas con conveniente largueza, de modo de interesar al labrador y á objeto de fundar no un villorrio, una ciudad, sino una provincia, un Estado, el labrador ayudado con elemento de cultivo y población, exaltado en su condición civil y protegido por privilegios temporales. He aquí un ejemplo de que en nuestra legislación, en nuestras tradiciones, en nuestros usos, en nuestra historia, tenemos sobrados ejemplos, sobrados elementos y no necesitamos ir á buscar en otros países, como nuevo, lo viejo que ya tenemos nosotros desde siglos atrás.

Así preparada, así protegida, así legada en la naciente colonia que había recibido de España para su amparo contra el filibuste-

rismo invasor 200 soldados de caballería y 200 de infantería, se desenvolvió y prosperó día en día con vigor creciente.

Convertida en realidad radiante la naciente y venturosa colonia, el gran Zabala, como le llama en su notable historia del Río de la Plata el ilustre Deán Funes, por auto de 29 de diciembre de 1729, dispuso se procediese á la elección de Cabildo, Justicia y Regimiento, para el gobierno político y económico de San Felipe, institución popular y de libertad, hoy envidiada en los pueblos modernos, que jamás faltó en el pasado en la más humilde aldea de América. Se provee á la dotación de las autoridades y legislación necesaria; se abren los cimientos de la Matriz, del Fuerte y de las gigantescas fortificaciones, dotando á la agrupación infantil de todos los elementos necesarios para ser un coloso, y el funcionario español que esto hacía, yankee, antes que hubieran aparecido los yankees en el mundo, era el general don Bruno Mauricio de Zabala, á cuyo respecto así se expresa el historiador uruguayo don Isidoro De-Maria: «Montevideo no debió su origen á ninguno de esos aventureros que, ávidos del oro, se lanzaban al Nuevo Mundo, sino á un jefe de antecedentes honorables y de positiva hidalguía. Zabala, su fundador, era natural de la villa de Durango, en el señorío de Vizcaya, caballero de la orden de Calatrava, valeroso capitán que se había hallado en las campañas de Elandes, en el bombardeo de Namur, sitio de Gibraltar, ataque de San Mateo y sitio de Lérída; dónde perdió un brazo, en Zaragoza y en Alcántara.»

El retrato de Zabala, de quien también habla en estos términos el conspicuo historiador argentino doctor Vicente Fidel López, es exacto, pero nos permitiríamos hacer notar un error delirado. Hispano-América no ha sido poblada por aventureros. Los hombres que la descubrieron, la conquistaron y la colonizaron, eran los primeros hombres de su tiempo, por el ideal altísimo que los exaltaba y los empujaba á empresas legendarias, de sacrificio, de acción y de civilización eminentísimas. La crónica señala en la fundación de cada colonia americana varones esforzados del temple y de los méritos de Zabala, asombrándose hoy la historia de la fecundidad de aquella nación altiva é inspirada.

Pero entemos ya á la ciudad heroica que ha saltado sobre sus límites primitivos y se ha extendido con el ímpetu gigante de las ciudades de América. Recorramos sus calles rectas, sus avenidas anchas y prolongadas, sus parques, sus villas y animados contornos; entremos á sus templos, asistámos á sus teatros, compulemos sus bibliotecas y archivos y visitemos sus museos, sus mercados, sus talleres y fábricas; entremos en los salones de la alta sociedad, para juzgar su moralidad y su cultura, y penetremos también en las humildes moradas del bajo pueblo, para sorprender la gentilidad de sus costumbres, y después de haber realizado el propósito y recorrido el presente, incógnito, procureré en esta última hermanita de las Repúblicas de América.

La ciudad de Montevideo reviste una especialidad cuya explicación está en el terri-

OROSMÁN MORATORIO

Murió el tierno poeta que tenía en su lira todas las delicias y melancolías del alma criolla.

Fué su vida la de esos pobres é ignorados bardos que cruzaban el mundo pensativos y solitarios, una sombra de inenarrable tristeza sobre la frente y un rayo de inspiración en la mirada, derramando en sus trovos sentidas y armoniosas todas las riquezas de su imaginación calenturienta, todas las claridades de su numen visionario. La miseria, esa sombra fatídica que suele acompañar á los seres iluminados por la luz del genio, vino á ceñirle las pálidas sienes con la última cofonia que necesitaba su nombre de poeta, y desde entonces fueron las horas de sus noches más negras y frías y fueron también todos los momentos de su azarosa existencia una no interrumpida cadena de ímprobos esfuerzos y de rudos trabajos. El tierno poeta, que soñaba con pasear su espíritu por las radiantes salas del empleo y recrear su alma en las más luminosas fiestas de la poesía, velase obligado, por las necesidades de la vida, á ganarse el pan de cada día trazando interminables hilera de números. Es su triste historia, la misma de aquel escudor de *Les Solitudes* que inspiró á Sully-Prudhomme los delicados y sentidos versos:

*Il a fait l'atelier. Le pauvre homme héroïque
Compte l'argent d'un autre au fond d'une bonquette.
Son poing de orfèvre, fait pour le marbre alité,
Trace des chiffres vifs sur un obscur papier.*

Y mientras su corazón de poeta latía más agitado bajo las dulcísimas sensaciones del Arte, todo su sér hallábase amarrado al bufete de su empleo de Tesorero de la Universidad, donde consumía sus más valientes energías, donde ahogaba sus más queridos anhelos.

¡Cuántas veces al cruzar yo frente á su escritorio silencioso y frío, encontré al poeta atareado y febrilente, sumando cantidades que daban vértigos, organizando recibos y comprobantes, formando el balance de sus libros, como cualquier empleado de contaduría para el que son indiferentes las más puras y divinas emociones artísticas! Y cuántas otras al verlo así preocupado con su labor, hecho una mísera hormiguita trabajadora, olvidado y triste, esclavo de su deber y del trabajo, no he sentido disiparse la alegría que bullía en mi pecho de estudiante lleno de ilusiones y esperanzas!

Así han corrido numerosos los años, preñados de fatigas y desvelos, sin que el pobre poeta encontrara el reposo apetecido. De tarde en tarde, sin embargo, se adivina, más que se ve, un risueño oasis. El fatigoso soñador, ha querido hacer un alto en su marcha fatigosa, y por un momento, el encantado miraje ha derramado sobre su alma el rocío bienhechor de la esperanza. Luego ha vuelto la monotonía de los días áridos, de los días cansados, de los días que dejan rendidos los miembros y marchita el alma. Pero esos breves oasis del inmenso desierto que se abre a la vida del poeta, nos encantaban y nos deleitaban, fundidos instantáneamente

en la sensación de lo que hubiera hecho él si las imperiosas necesidades de la vida no hubieran encadenado su numen.

Hablemos de ellos, si os parece.

El más grande, el más risueño y el más querido, sin duda alguna, del poeta ha sido Juan Soldado.

Aun recuerdo, estremecida el alma, aquella noche triunfal del beneficio del poeta en el desaparecido teatro « Nuevo Politeama ».

El héroe criollo creó en la imaginación del poeta, cobraba por instantes, á la vista de los espectadores, relieves y alientos de vida. Su figura arrogante y altiva se destacaba con hermosos rasgos sobre el abigarrado conjunto de gauchos y soldados, haciéndonos sentir las alegrías de su alma y las amargas tristezas de su misma odisea. Y contenido el aliento, febrilente, excitado, seguíamos todos el conmovedor desenvolvimiento de la obra, cuajada de peripecias, de escenas altamente dramáticas, de gritos de inmensa pasión y de inenarrable desventura, — hasta el trágico final, en el cual la muerte del noble gaucho viene á destrozar las más secretas fibras del alma.

¡Qué hermosa concepción la de este drama original y valiente! Á la vista de los espectadores, que llenaban la sala del teatro, aparecía bruscamente, y como por arte de encantamiento, el fogón campestre á cuyo alrededor discurren los hombres de nuestra campaña y las apasionadas mujeres que tienen en los negros ojos toda la melancolía de las tardes pampeanas. Y entre el retorzar alegre de las risas y el chisporroteo de la amnésica charla de los mozos del pago, las cuerdas armoniosas de las guitarras, como en el poema del vate argentino, cantan *tristes* nunca oídos y *cálidos* no escuchados que encienden en el alma yo no sé qué misteriosos arroyos de caladuría ni qué vagas nostalgias de cariños ya perdidos. Y entretanto, la acción del drama se desarrolla valiente y animada, despertando en nuestro corazón mil encontradas sensaciones, aturdiendo nuestro cerebro con los mil ecos de sus peripecias altamente conmovedoras. Y al final de aquel amarguísimo poema que sintetiza toda una era de sombras para la patria, ¡qué vida! ¡qué luz! ¡cuántos coloridos y cuántos primores!

Mucho tiempo después de haber caído la tela, aun resonaban en mis oídos los atronadores aplausos de un público delirante y conmovido. ¡Oh! ¡Cuán dulces momentos habrán sido aquellos para el poeta que, modesto y sencillo, era arrastrado por los artistas hacia las candelillas del prostenjo para recoger la merecida ovación que todo un público selecto y escogido tributaba á su hermosa inspiración! Y cómo debió latir su corazón al entrever en aquel supremo instante, como un albor en la sembla, su vida de su existencia, la cumbre sobre la que todo hombre de letras...

Después de una triste y solitaria las horas de su vida y apenas un día tarde en tardes, un día de su numen pero franco en su vida, su memoria de poeta.

PLUS ULTRA

ENSAYO

Colgaron los nublados
Sus pardas vestiduras;
Apararon la luz de las estrellas,
Y crepió el espacio,
Con voz de apocalípticas bravnas,
Al encender su fragua las centellas.

El ave de las rionas tempestades,—
El ave que Aquilón arranca al niño
Para que dé al concierto de los autros
La nota de su lígubre granizada, —
Abrió sus alas en la negra cripta
Donde ansiosa velaba,
Y tendió el vuelo á la región sombría,
Mientras el rayo airado rebrunnaba
Y el oleaje enlaba
Con febril y bárbara alegría ...

Los feroces tentáculos de Atlante
Se revuelven bravíos,
Como si cien volcanes estallaran
Y escollos y bajíos
De los ignotos cráteres lanzaran.

Y entre el pléyago hirviente,
Bajo el rugir del trueno,
Corta un bajel las agitadas crestas
Que va atrojando el mar del turbio seno.

Camina sobre abismos! ...
Ya la borrasca con empuje fiero
Sacude el débil casco
Y hace temblar el mástil altanero;
Ya la onda, brava, hace crujir la quilla
Que salta estremeceada;

Ya la noche lo envuelve lujuriosa
En su veste encendida ...

El huracán sushúo
Brama en las jarcias, y el rasgado lino
Que, como airón guerrero,
Ya prendido en el topo del mesana,
Castiga á latigazos al Pampero;
Se enroscó en el bauprés el torbellino,
Y, con ansias de fiera,
Rasca fúbril los senos de la nave
La ráfaga ligera ...

Pero la nave lucha y no se postra;
Sufré el salvaje embato
Y alza la proa entre la blanca espuma
Sin abatir su palma en el combate.

Sabe que las tormentas
Le acechan con sus mazas de granizo
Porque violó la valla del Océano
Y fué á robar al corazón de un mito
El porvenir humano.

Pero sabe también que allí en la playa
Le espere el puerto amigo
Donde la ola no roce atronadora,
Sabe que ha de lucir un nuevo día
Y que vendrá la aurora

Y se irá con él más que en un barco
En el viento y en la espuma,
Firme el timón, cuando el mar se levante
Va siguiendo su ruta, como sigue

Todavía recuerdo la noche en que el poeta, en un camarín de artistas, nos leyó á varios amigos sus preciosas décimas *Flor del monte*, que no hace mucho publicó la REVISTA NACIONAL en sus páginas.

Ellas Regules, ese sentidísimo vate á quien debe el teatro criollo sus más valiosas y galanas joyas, y que quería al poeta como á un hermano, díjole cariñosamente y con ese tono de broma que es el alma de su espíritu benévolo y retozón:

— ¡Soberbias décimas! ¡No parecen de Moratorio!

Y el poeta, feliz con el elogio sincero y risueño de su excelente amigo, encontrábase turbado hasta lo más íntimo del corazón y apenas pudo balbucear:

— ¡De veras, les gustan?
¡Oh, sí! No encantaban, porque eran preciosas, como dijera Regules. Eran tal vez aquellas modestas flores una de las más galanas guirnaldas con que el poeta podía ceñir sus sienes. Y nuestro aplauso, no por estruendoso, pero sí por lo cordial y sencillo, debe haber rumoreado muchas noches de insomnio sobre la frente del inspirado autor de *La flor del pago*.

No me es dado hablar en estas líneas, consagradas á la memoria del querido poeta, de todas sus obras dramáticas, que podrían llenar más ó tres volúmenes, ni de sus poesías líricas, algunas de las cuales son hermosísimas, ni siquiera de su fecunda labor en *El Ombú*, periódico criollo del cual era inteligente director. Tarea es esa que requiere largo espacio y tiempo, de que yo no dispongo por ahora y que no quiero tampoco en este momento abordar.

Basta á mi objeto haber reproduciendo la silueta del poeta, esa figura melancólica y simpática, esa alma modesta y laboriosa. De toda su obra no tengo que hablar al público, lo repito; pero los que la conocemos, los que hemos gustado su ambrosía, podemos decir de ella lo que el mismo Moratorio decía de los poetas de rauda vuelo:

« Su canción, que llega al cielo,
deja la mente arrobada,
y el pájaro, asustado,
por vientos arralladores,
nos trae perfumes de flores
y ramos de cascada. »

VICTOR PÉREZ PETIT.

ESTROFA

LEVANDO UN LIBRO DE FILOSOFÍA CON MI QUERIDO
COMPATRIOTA VICTOR ARREGUÍN

Yo no sé por qué se nace.
Yo no sé por qué se muere.
Si la mano que nos hiera
Es la misma que nos hace.
Pero sé que donde yace
Enterrado lo que ané,
De rodillas está ahí
Algo que explotar no sabe.
Algo que en el sentimiento
Reconoce un gran dolor.
Algo que no era el mundo
De las lujas y del viento.

ANTONIO LAMBERTI.

Su sonda en el desierto el misionero.
Si un fatal no se muestra en loanzana,
Le marca el darrotero
La alondadora luz de la esperanza.

¡ Tremental lid! Las ondas y los vientos
Muerden rabiosos al azul navío
Y le arrancan girones
Que entrega el barco sin menguar su brío.

Y saltando á las cumbres,
Que se deshacen en revuelta espuma,
Y cayendo á los antros inmediados,
Se destaca al bajel entre la bruma
Como negro dragón que pretendiera
Mantener á los mares oprinidos.

No es eterna la noche;
Pasan también las tenebrosas horas;
Sólo reinan las sombras
Para engendrar auroras ...

En vano las tinieblas
Prenden sus focos en la azul marada;
¡ Gigantes incorpóreos que derriba
Con un soplo de lumbre la alborada!

Como un salmo divino,
Suave aliento que viene de la altura
Y se infiltra en el raudal torbellino,
El mar siento pasar sobre sus uocles
Rumorosa armonía ...

Como un salmo divino,
Suave aliento que viene de la altura
Y se infiltra en el raudal torbellino,
El mar siento pasar sobre sus uocles
Rumorosa armonía ...

En confuso tropel,— cual impelidos
Por ígneos agujofotes
Que un invisible brazo les hiciera—
Por un dardo de luz estremecidos
Van transponiendo montes
Los tétricos fantasmas que en su seno
La noche amamantara.

Su fulminea corona de centellas
Recogen los nublados
En medio de la dulce melodía
Que entona la alborada,
Y recorren los cielos, agitados,
Persiguiendo las sombras que cubría
Su túnica rasgada.

Pero al surgir el sol en el Oriente
Las pardas vestiduras van cayendo
Bajo su mano altiva,
Como alas colosales que volteara
Bandada de vampiros fugitiva.

Y la luz, mensajera de los dioses,
Vestida de los espacios,
Cuelga sobre el altar del indulto
Condada de zaldros y topacios.

¡ Qué fué del barco que en la noche airada,
Provochó al Destino,
Que se hundió en las fieras aguilones?
¡ Qué fué del alma pura peregrina,
Frágil y azorada,
Por cudas y turbiones
Y entre fances de abismos arrastrado?

¿Se hundieron en su casco
Las rencoresas masas de granito
Que espiaban su carrera?
¿Le trituró en sus garfios el peñasco?
¿O arrebató la presa codiciada
Fantástica Quimera?

IX

En la lejana línea donde el cielo
Se posa sobre el mar, que ya no brama,
Allí donde la aurora
Va dispersando copos de neblina
Como plateadas plumas,
Parece que en los aires se meciera
Levísimo oriflama...
¿Es una garza que tentó su vuelo
Rozando las espumas?
¿O es viajera paloma
Que busca el rido con amante anhelo?

Los céfiro—bandada arrolladora
Que custodian las lindes—
Ven una faja de flotante lino
En que vienen jugando las ligeras
Brisas enamoradas.
Y un mástil, que se yergue cual si fuera
Mirando al infinito,
Levanta su cimera!
Es que llega triunfante
La nivea andaz que no abatí el Dabuco
Entre los recios tumbos del Atlante!

X

¡Patria de Lavalleja! ¡Noble Patria!
Como la nave altiva
Has sentido rodar sobre tu frente
El rojo torbellino de la guerra;
Has visto levantarse vengativa
La maza de granito, á cuyo golpe
Se estremeció la Tierra...

Un húrtao de fuego
Ha arrancado girones
Á la enveña sagrada que agitan,
Entre el homo maldito, tus varones...

Pero, viril, te yergues, porque sabes
Que en el nublado cielo de tu historia
También ha de lucir un nuevo día:
Sabes que vendrá el Genio de la Gloria
Á abrirte paso entre la turba impía!

ALBERTO GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires.

RECUERDOS DE VENECIA

(Fragmento de mi diario de viaje)

(Conclusion)

El Canal Grande es una escursión por separado, donde se ostentan los numerosos palacios de mármol que han hecho célebre á la Sirena del Adriático. El de la duquesa de Berry es uno de los mas bellos, elegantes i ricos de los que continúan siendo habitaciones de nobles, pues la mayor parte han pasado á distintos destinos mas útiles, como ser el palacio Bernardo, hoy Hotel Danielli, donde alojamos; el Foscarini, despojado por los franceses i convertido en

cuarte; el de Catalina Cornaro, convertido en casa de prendas; el Fondaco dei Turchi, comprado por la República en 1621 al duque de Ferrara para el uso de los mercaderes tarcos que frecuentaban á Venecia, i es destinado en el día para estancia. De entre las 30 salas que recorri del palacio de Berry, i que fui anotando en mi cartera lo que encerraban de mas curioso, daré un rápido detalle para que pueda entrar conmigo el lector. Andrea Loredano lo hizo construir en 1481 sobre los dibujos de Pedro Lombardo; su fachada de piedra almohadillada es grave i de estricta arquitectura. La antecámara i sala primera, destinadas para espera, nada encierran de notable, a no ser las estatuas de Adán i Eva que adornaban la tumba de Vendramin en San Juan i San Pablo, que se llevaban allí por pertenecer á la familia de la duquesa. Las siguientes encierran cuadros de la familia Borbon, cuadros morales de las glorias de Julio, César, una salita tapizada de seda china, en sello de María de Médicis, mesitas de mosaico de Florencia, etc.; una puerta con doble hilera de columnas que fueron regaladas por la reina de Chipre, Catalina Cornaro; un mueble árabe, adornado de piedras preciosas; una gran chimenea de elevadas columnas de mármol africano; un cofre de tocados, trabajo de Benvenuto Cellini, adornado de piedras preciosas; retratos de varios Reyes de Francia; muchos cuadros religiosos; de varios pintores de la escuela veneciana; un mueble que perteneció á María Antonieta, notable por sus incrustaciones de marfil i su comodidad; una apoteosis del duque de Berry; una carta de Enrique IV a Duplessis de fecha 2 de junio de 1601. El dormitorio de la duquesa es de un gusto exquisito i contiene muchas reliquias, rosarios, medallas, santos i objetos de curiosidad. Siguen la sala del baño, oratorio, guarda-ropa, la galería de cuadros, i entre otras, una sala destinada a mostrar el mensaje de una casa antigua veneciana.

Los demás palacios a derecha e izquierda del Canal Grande los recorrimos desde nuestra gondola, por lo-jeneral; que detenerse en ellos era cosa de nunca acabar. El aspecto exterior tiene un sello de antigüedad muy pronunciado i que poco seduce para el que los mira con ojo moderno; se necesita familiarizarse con la antigua Venecia; transportarse con la imaginación a esa época de esplendor antes de ser del dominio del Austria. Principando la escursión del Gran Canal por el sur, por el barrio Dorsoduro, tenemos la Adana, edificio pintoresco, que se avanza como un cabo entre el espresado canal i el de la Giudecca. A derecha e izquierda se van viendo sucesivamente los palacios Dario, Manzoni, Corner, Contarini, Foscarini, Balbi, Grimani, Mocenigo, Manin, poco despues del cual se pasa el puente Rialto, construido de un solo arco de 27 metros, i una, como hemos dicho, los dos grandes barrios de la ciudad; dos hileras de barantillos o covachuelas tiene a sus costados, i hai, como debe suponerse, un tráfico constante, como que es el único punto por donde se comunican por tierra los vecinos del sur con los del norte. Pasando el puente siguen el palacio Camarlanghi, o sea de los

Tesoreros, el de Catalina Cornaro, el Pénico, el Grimani, hasta la estación del ferrocarril i la isla de Santa Clara, unida por un puente a la ciudad. Aquí concluye esta agradable escursión, que a mi llegada tanto me habia disgustado. ¡Miraba entonces a Venecia con ojo moderno! El tiempo, además, era detestable; los espas de la estación me habian arrebatado mis ilusiones, i por último, no podia dejar de impresionarme al ver aquel país del odioso yugo extranjero. ¡Gracias, Dios mio, por haber respirado desde la cuna el aire de la libertad!

El 12 de febrero, fecha gloriosa para el chileno, llegó a los cinco dias de nuestro arribo a Venecia, i era preciso celebrarlo con mis compañeros de viaje. Cuatro republicanos de América se asociaban en un rincón del Viejo Mundo para recordar el restablecimiento del gobierno democrático de su país, que habia sido arrebatado por el soberbio español en una fatal jornada en que el ejército patriota habia hecho prodigios de valor. ¡Era en una antigua república de Europa donde se verificaba nuestro modesto festín. ¡Con qué ojos nos miraría el orgulloso tedesco al saber que en Venecia se quemase incienso a la Libertad! Nuestros desesos fueron perfectamente interpretados por el dueño del hotel; los bien sazonados manjares i ricos vinos de Italia no dejaron que desear. A falta de la nacional *bava* i del sabroso *charquicón*, los pomposos nombres de la lista desaparecieron para nosotros i con esta lista no se leía sino los caprichosos, al gusto chileno, para transportarnos enteramente a Chile; dejar por ese momento siguiera los nombres de *estránjis*, que en nuestro país todo lo han invadido, i ¡hasta nuestro vigoroso idioma se va volviendo poliglota! Nuestra alegría era expansiva i natural: no la alentaba en nuestros corazones el calor del vino; eran corazones chilenos, es decir, patriotas. ¡Dónde estará el chileno que no clame por su país! En Paris, en Baden, i ahora en Venecia, recordamos nuestras glorias nacionales; doquiera que nos encontrásemos hacíamos este recuerdo, i en España mismo habria celebrarlo yo el 18 de setiembre i el 12 de febrero, si en estas inmortales fechas me hubiese encontrado en algun punto de la Península. Sin haber salido uno de su patria es imposible formarse idea del amor que se le tiene a Chile: esta bella lengua de tierra es un paraíso para sus hijos, i si en el extranjero hieren agradablemente los oídos las dulces i energías melodías de la Cancion Nacional i de la Zamacueca, entonces, i sin entonces, el chileno no tiene límites i sería capaz de arremeter a un ejército de godos si se le pusiera por delante! En los diferentes pueblos en que los chilenos nos hemos asociado patrióticamente, los del país han tenido que admirar nuestro espíritu de independencia; la aristocracia ha manifestado con su silencio su vergüenza de creer en razas privilegiadas i venerar como sagradas a los monarcas; así tenemos con corona, cuyo brillo ha estado mal lejos de ofuscarlos.

El Carnaval tambien lo pasamos en Venecia. «Que divertido, dirá algun lector,

debe ser un carnaval en Venecia! Ya vemos las mascaradas por las calles, los salones de baile abiertos i las intrigas consistentes; ya oímos ese aire musical tan popular en todo el mundo, con que Paganini, Sivori, Schulloff i tantas celebridades se han inspirado i han escrito tan diversas variaciones para violin, piano i otros instrumentos.» ¡Todo concluyó con la dominación austriaca! Las principales familias venecianas han emigrado; los tedescos llegaron a ser los señores de Venecia, i casi no habia entonces persona acomodada que no fuera alemana. El Austria prohibió todo durante su permanencia en el Véneto: las diversiones populares concluyeron, i el suntuoso i elegante teatro Fenice, el primero de la ciudad i uno de los mas bellos de Italia, estaba cerrado en esa época.

El primer día de Carnaval of, despues de misa, un sermón en la basílica de San Marcos, en el que el predicador atacaba el movimiento revolucionario de Italia con una pasion tal que trató a Victor Manuel i a Garibaldi de bandidos, i su furia llegó a tal punto que tiró el bonete, que rodó por el suelo entre un grupo de fieles. Para colmo de lo desgraciado de su sermón, éste fué todo leído, recurso que en Chile no he visto emplear al peor orador sagrado.

El pueblo veneciano manifestaba su sordo entusiasmo en esos dias de otra manera muy distinta. El 16 llegó la noticia de la toma de Gaeta i presenciamos en el teatro Gallo una demostración política en la representación de la ópera Poltuto o los mártires: el señor Dell'Armi i la prima donna, señora Baseggio cantaban el duo en que Poltuto i Paulina, ardiendo en entusiasmo religioso, manifestaban su deseo de ser arrastrados a la hoguera, antes que dejar de ser cristianos; cuyos versos son los siguientes:

«POLTUTO.—Sé, pues, cristiano—yo por mi mano
El sacro arcano—te mostraré.
Alzate; el Nümen—que nos reuna
Igual fortuna—a entrambos de;
I pues la muerte—no te intimida
Comigo unida—al cielo ven.

«A DUO.—(Repiten los ecos de las arpas celestiales)
¡Oh, santa melodia!
¡Celeste voluntad!
Por si el alma mia
Subiendo al cielo va.
Cercano está el instante
Feliz para los dos,
Pues, padre i tiempo amante,
Nos llama hacia sí Dios.
Que en tierra i cielo sea
Eterna nuestra union.»

(En este momento aparecen algunos guardias que vienen a separar a Poltuto de Paulina; mas ésta se resiste a abandonarle i entrambos abrazados salen entre los guardias.)

A los aplausos prolongadísimos reaparecieron los actores; se oyeron gritos de *Viva Italia! Viva Gaeta!* i concluir la ópera, despues de un aplauso general, aparecieron Dell'Armi, Guiceni i la Baseggio formando entre las tres con los colores de sus trajes la bandera italiana, con lo que el entusiasmo rayó en frenesí i los gritos se

redoblaron. La policía tomó unos cincuenta presos i se aplicaron a cada actor, segun of el día siguiente, mil *swestsicher* (el *swestsicher* vale 32 centavos) de multa, o sea doscientos treinta pesos.

Los teatros de Venecia son bellos i cómodos i todos se sostienen perfectamente con funciones diarias. La afición de los italianos a la música es demasiado conocida para que me detenga a demostrarlo aquí; ellos i los alemanes trabajan en el día en su taller i en la noche forman parte de una orquesta ó de los coristas. No es ménos su afición a los dramas.

El principal teatro de Venecia es sin duda el Fenice, cerrado como he dicho en la época de mi viaje, por órden del emperador de Austria. Fué construido en 1789 i reparado a causa de un incendio en 1838, i puede contener tres mil espectadores. Despues se cuentan el *Gallo*, el *Apolo*, *San Samuele*, el *Malibran*; de éstos asistí a la ópera en el *Gallo* i en el *Apolo* a funciones dramáticas. Todos ellos tienen cuatro órdenes de palcos i uno mas de galería; en la platea hai en todos ellos un espacio sin lunetas a la entrada para las personas que quieren oír una representación gastando poco. En el arco del telón de boca hai suspendido un reloj, iluminado interiormente, que marcha con un número romano la hora i con un árabe los minutos; con un movimiento periódico que se opera cada cinco minutos, hai doce cambios por hora en los números arábigos. Cada hora cambia el número romano. Los palcos, como en toda Italia, son completamente separados uno de otro i en los entre-actos los espectadores, sin ser vistos, toman helados, naranjas, leen los diarios, todo lo cual se vende a veces en el teatro, costume que me chocó bastante en los teatros franceses, i que celebró no existía en Chile. La forma de los teatros italianos construidos en el siglo pasado es la de herradura, como nuestro teatro Municipal de Santiago; pero los modernos han adoptado el semicírculo por ser la mas adecuada para la mejor vista; de esta manera todas las visuales de los palcos se dirijen al centro del proscenio a un solo punto. Noté tambien que las puertas de los palcos eran numeradas por dentro i por fuera, costume muy aceptable para los nuestros, evitándose así las equivocaciones frecuentes de los visitantes que se ven en nuestro país, que no se salvan con los tragaluces de vidrio que hai ahora en el Municipal.

Se acostumbra en Italia i Alemania usar un telón para comenzar i para cerrar el espectáculo i otro para los entre-actos; el primero es una cortina o algun asunto alusivo a las Artes; el segundo se asemeja a una sala, con cortinas en las puertas por ellas aparecen los actores para recibir las ovaciones del público sin necesidad de alzar la tela.

Los precios de las localidades son mas o ménos los de Chile en noches ordinarias; no así a la llegada de algun actor nuevo que tiene alguna reputación; aquí el tiempo poco abundante se representa alguna ópera nueva, o la primera representación de alguna de las conocidas en estos casos se apresuran los muchos revendedores, que pu-

lulan en las boleterías, i compran los billetes para venderlos a precios fabulosos despues, i aun en el mismo teatro se espandan a precios mas altos. Estas detestables oscuridades, de las que tenemos en Chile afortunadamente pocos ejemplos, no debemos imitarlas, i por el contrario, debemos arrancar de raíz las malezas que nazcan en nuestro suelo.

La temporada de funciones en los teatros de primer órden es el invierno; los demas teatros solo se cierran en los dias de Semana Santa o en casos extraordinarios. El italiano oye una ópera nueva i un actor nuevo con una atención sin igual; llama tambien ópera nueva a la primera representación de cualquiera del repertorio, aunque tenga doscientos años i se haya repetido cincuenta veces el año anterior. En Milan of llamar ópera nueva a Julieta i Romeo porque se daba por primera vez en la temporada teatral por el Borghi Mamó i la Alba! Una vez formado el juicio sobre una ópera, esa atención cesa para cuando se repite la pieza; bien pueden los artistas suprimir escenas enteras, gritar o hacer falsetes, sin que nadie haga alto en ello; en la platea i palcos se conversa en alta voz; todos están distraídos. Esto lo he observado especialmente en Milan, Florencia i Nápoles.

Hicimos tambien una pintoresca escursión a la isla de San Lázaro, a una milla de Venecia, i dentro del esteso dique del Lido. Esta isla fué cedida por el dux Mocenigo a unos sacerdotes armenios católicos en 1717. Desde que uno se aproxima allí se divisa la media luna turca flameando en sus riberas: Tienen estos sacerdotes un establecimiento de educación con cincuenta alumnos, de los que habia ya quince sacerdotes entre ellos; la educación dura doce años: Nos condujo uno por el convento, con la mayor cortesía, mostrándonos todo con defecion i paciencia, i por cierto que vale la pena de hacer la escursión. En la biblioteca, que encierra dos mil volúmenes, i cuyas obras remontan al siglo VIII, se nos mostró, entre otras cosas, un manuscrito en papiro, que segun la traducción que hizo un sabio frances, trata de la fundación de un templo i de la de una biblioteca del siglo XV en Armenia. El retrato de Mechitar, fundador de la órden, i el busto del papa Gregorio XVI están colocados en la sala. Se nos dijo que allí era donde el poeta Byron tomaba lecciones de armenio. Hai tambien en el convento un hermoso gabinete de física i un museo zoológico originario de la Nubia, que ademas de muchos animales raros, encierra nombres e ídolos egipcios i dientes de mastodonte. Vimos el establecimiento tipográfico en que se imprimen obras religiosas en un gran número de idiomas, estableciendo de este modo una excelente propaganda católica para los pueblos de oriente i otros del globo. Yo compré una obra, que es una curiosidad tipográfica, pues encierra en un tomo de 432 páginas veinticuatro facultades, repenidas en veinticuatro idiomas, i es como un espécimen de los tipos del establecimiento. La iglesia es pequeña, i puede llamarse mas bien un modesto oratorio. El altar mayor estaba cubierto con un velo por haber prin-

ciado la cuaresma, pues los armenios no solo cubren los altares en Semana Santa, como nosotros, sino desde el miércoles de Ceniza hasta Pascua de Resurrección.

Con la relación de esta interesante visita a la isla de San Lázaro, doi remate a la narración de nuestra gratia residencia en Venecia, diciendo de paso que la ciudad de las lagunas saladas no crece de jardines hermosos donde solazarse, a pesar de no haber mas agua para regarlos que el agua de la lluvia que se guarda en las muchas cisternas que se han abierto para los diferentes usos de la vida. El jardín botánico cuenta con 5,000 especies diversas: el jardín real, los jardines públicos del sestiere o barrio del Castello, son sitios de recreo de los venecianos, de los que nada diré por no haberlos visto en la hermosa estación, i hago alusión a ellos por creerse talvez por algunos lectores de este escrito que fuese desconocida en Venecia la vejetación a causa de lo salobre del suelo i de la falta de agua dulce.

El 19 de febrero partimos para Padua, llevando mil recuerdos de la reina del Adriático, que tan triste impresión me habia hecho a mi llegada, i que tan admirable i mas poética que lo que me habia imaginado la encontraba ahora. Su esclavitud era mi constante preocupación, i mi deseo de que participase Venecia del banquete preparado por la revolución italiana se la realizo al fin, ¡aunque su forma de gobierno sea monárquica!

FIDELIS P. DEL SOLAR.

REGLONES

Los grandes charlatanes, lo mismo que los grandes oradores, no piensan lo que dicen. La diferencia está en que los últimos dicen mucho de lo que saben y los primeros no saben lo que dicen, ni tampoco dicen nada.

La mujer principia por ser madre de sus muñecas; el hombre prefiere comenzar por ser padre de sus hijos.

Las imprentas son las alas del progreso humano descubiertas por el genio de Gutenberg.

El fatuo es un imbécil ridículo y presuntuoso.

El tonto es un doble fatuo. Escoged.

Los celos en la mujer revelan egoísmo y exceso de pretendido dominio sobre el hombre.

Los celos son el fuego voraz del matrimonio.

El hombre es niño dos veces: en sus primeros años y en su vejez.

En la infancia no sabe lo que hace; en la decrepitud cree saberlo.

Las hijas son la dulce melodía del hogar.

Yo no querría ser monarca por no vivir con la mano en el corazón y la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.

La teología es la invención antojadiza La ciencia es la verdad.

Se le puede mentir a muchas mujeres a la vez; pero a la vez no se le puede decir la verdad a más de una.

Para los jóvenes, el amor de vieja huele a hipocrecia; pero para los que peinan canas debe de oler a jazmín.

La esperanza es el consuelo de las almas que sufren.

El derecho está casi universalmente proclamado: sólo falta que la civilización lo ratifique, pues todavía sólo pueden hacer uso de él las naciones poderosas.

Amar es vivir comiendo confites a toda hora.

Las madres son las verdaderas heroínas en los combates marciales de la humanidad.

Las mujeres bonitas tienen una vejez muy penosa. El pedestal de su gloria cae al es-

trépito de los años. La edad es el más cruel enemigo de la hermosura.

Nutra su inteligencia la generación actual con los preciados frutos de la filosofía moderna, si aspira al título de inmortal en el progreso del siglo venidero.

Las pasiones están en el corazón humano en continua reuelta: se agitan allí como las olas de tempestuoso mar. En estas reueltas, la calma desempeña las importantes funciones de árbitro mediador, y cuando se inclina del lado falso... añádis mi plata!

No hay individuos que gocen más que los ilusos. Cada ilusión que se forjan es un espléndido triángulo que, en su concepto, alcanzan. Por eso siempre se les ven sonrientes de placer.

En la mujer, las lágrimas son el amor; en el hombre son el dolor!

Como es la escasez de recursos de algunos individuos que a la simple vista parecen muy sobrados de todo, así es la falta de sentimientos nobles y generosos de otros que aparentemente son verdaderos dechados de virtud.

Se recuerda con espanto la Inquisición; pero se acepta sin horror la pena de muerte existente en la legislación de casi todos los pueblos que se creen civilizados.

Entre tanto la verdad es otra. La civilización es incompatible con el salvajismo. Un crimen no se corrige ni se castiga ejecutando otro igual ó mayor.

Los jóvenes mienten por placer, por necesidad y las más de las veces porque ignoran las consecuencias de la mentira. Los viejos mienten por costumbre.

La intriga es el arma mohosa de los miserables y de los cobardes.

Temo menos la verdadera muerte—sueño eterno que se duerme para no recordar jamás,—que a la muerte moral por causa de vicio ó crimen—vivir perpetuo lleno de desprecio é ignominia.

ISMAEL JARA FINCA.

Neurileno (Chile).

DESTINO!

(ENSAYO PSICOLÓGICO.)

A mi amigo de siempre, Francisco Cortá.

¿Cómo se habían conocido? De la manera que se conoce todo ese gran número de jóvenes que encontramos al paso en nuestra vida: en un salón, en el club, en el teatro, en las salidas de los paseos, y en todos los sitios que frecuenta la juventud, y á quienes, a unos por su galantería, á otros por verdadera simpatía, llamamos amigos. La amis-

dad de Juan y Antonio databa de algunos años. Se habia producido sin fórmula alguna, por atracción simpática, por identidad de pareceres y tendencias tal vez. En ambos vivía agradablemente el recuerdo de este acontecimiento amistoso, según propia manifestación de ellos mismos entre los demás. Había sido en la iglesia, durante unas novenas que los atraían á los dos, con motivo de unos *firris* en aquellos felices tiempos de su primera juventud.

Juan era un pobre estudiante de derecho que tuvo que abandonar sus estudios, ya muy avanzados, y limitarse á un modesto empleo público, á causa de una enfermedad del corazón que le hacía pasar las noches en claro sentado en un sillón y la mayor parte de las horas del día ahogado por la dispepsia, enfermedad cruel y molesta, que á los veintidós años lo inutilizó casi por completo y llegó á preocupar tanto, que se le complicó con una profunda neurastenia. No hubo consultorio médico que no visitase, buscando inútilmente remedio para su mal. Á todo el mundo hablaba de aquel mal suyo, exagerando el sufrimiento, contando los más minuciosos detalles. No vivía nada más que en sí mismo, en aquella enfermedad, que á sus ojos tomaba proporciones colosales, observando todos los síntomas de ella, y, auto-sugestionándose, dábale en su imaginación de enfermo visionario, más que real, tal vez la gravedad que no tenía. El mundo y sus cosas no le atraían para nada. Todo le era indiferente: si jugaba, lo hacía como un remedio para su mal; si comía, sus alimentos eran apenas lo suficiente para nutrirlo, y no comía el menor exceso por nada. Si salía á paseo, si iba al teatro, á los bailes, todo era para combatir su enfermedad, que todos los días le hacía consultar médicos, leer textos de medicina y vivir continuamente con la imagen de la muerte al frente. Sus amigos, unos le comprendían, otros se burlaban de sus males.

Antonio no era ni rico ni pobre. Bien empleado en una casa bancaria, su sueldo daba para llevar una vida cómoda y de derecho hasta cierto punto: ir al teatro, montar á caballo, pasar en coche, comer en hotel, vestir bien y tener siempre dinero en el bolsillo para gastar desprendidamente con sus amigos. Al contrario de Juan, completamente sano, respiraba por todos sus poros la verdadera *joie de vivre*. Regularmente ilustrado, no se preocupaba de las lecturas instructivas; si leía, algunas veces, era por puro pasatiempo.

Juan y Antonio se hicieron inseparables. Aquél agotaba todos los medios que le proporcionaba su modesto empleo en sufragar los gastos ocasionados para seguir la vida de su amigo, á quien le presentó sus compañeros de aulas y sus amistades de la sociedad, entre los cuales figuraban el buen amigo, el de corazón; el fraternal condiscípulo, el compañero de letras; el de los bailes y teatros, y todos los demás de carácter menos íntimo, pero que no acompañaban en las aventuras hasta el que aparece con cara de cronista en los momentos de desgracia. Todos lo acogieron amigablemente considerando entre los suyos; y él,

como había sido inseparable de Juan, lo fué después del grupo de jóvenes presentados, continuando también la amistad de los dos tan fuerte, intensa, franca, como siempre, y viéndose juntos en todas partes.

Á instancias de Antonio, era su habitación el punto de reunión del grupo de íntimos todas las noches de invierno para jugar á la baraja ó al dominó y tomar una tacita de té con leche y bizcochillos, marchándose después al teatro ó á alguna francachela, de la que alguna noche á viva fuerza hacían participar á Juan, que cada vez más desmoralizado, prefería retirarse á su casa á leer, escribir ó á ensimismarse en su enfermedad.

Cambió la faz de las cosas. Cierta noche Antonio sorprendió á la alegre reunión de jóvenes, con la confesión, terrible confesión, de que era víctima de un acto que acusaba existir entre los compañeros un delincuente, un mal compañero, que, burlando su confianza, había cometido lo que, en el caso, podía llamarse un crimen de amistad! Es de imaginarse que esta manifestación causó en un rayo á los pies de todos los terralianos, dejándolos consternados, mudos, sin saber qué pensar ni qué decir sobre el caso aquel que echaba una sombra más ó menos directamente sobre todos, aunque, según decía Antonio, para él todos eran insoportables. Cada cual sincerábase á su manera sobre aquello que á todos comprometía, ponía serios é inquietos. Momentos difíciles aquellos en que todos llegaron á mirarse con recelo entre sí. Todo se volvía caras sombrías, miradas hoscas, inquisidoras de los unos sobre los otros, al menor gesto ó palabra, al más simple acto, al encontrarse su enfermedad, que todos los días le hacía consultar médicos, leer textos de medicina y vivir continuamente con la imagen de la muerte al frente. Sus amigos, unos le comprendían, otros se burlaban de sus males. Antonio no era ni rico ni pobre. Bien empleado en una casa bancaria, su sueldo daba para llevar una vida cómoda y de derecho hasta cierto punto: ir al teatro, montar á caballo, pasar en coche, comer en hotel, vestir bien y tener siempre dinero en el bolsillo para gastar desprendidamente con sus amigos. Al contrario de Juan, completamente sano, respiraba por todos sus poros la verdadera *joie de vivre*. Regularmente ilustrado, no se preocupaba de las lecturas instructivas; si leía, algunas veces, era por puro pasatiempo.

Juan y Antonio se hicieron inseparables. Aquél agotaba todos los medios que le proporcionaba su modesto empleo en sufragar los gastos ocasionados para seguir la vida de su amigo, á quien le presentó sus compañeros de aulas y sus amistades de la sociedad, entre los cuales figuraban el buen amigo, el de corazón; el fraternal condiscípulo, el compañero de letras; el de los bailes y teatros, y todos los demás de carácter menos íntimo, pero que no acompañaban en las aventuras hasta el que aparece con cara de cronista en los momentos de desgracia. Todos lo acogieron amigablemente considerando entre los suyos; y él,

limpio, sino llenarse de dudas y sufrir horriblemente con aquella manifestación, aunque para él increíble falsedad de un amigo que lo humillaba con sus sospechas, que lo ponía en una situación bochornosa ante los ojos de aquellos que siempre habían sido sus queridos, sus consecuentes compañeros, y que, sin embargo, callaban, adoptaban una actitud reservada, tal vez dudando en el fondo de su alma de la probidad del acusado. ¿Qué hacer? ¿Cómo rehabilitarse, más por éstos que por él mismo? Rehabilitarse, ¿de qué? Si él era culpable nada más que por la falsía, la mala fe con que se interpretaba un nuevo accidente, que, al interpretarse de esa manera, daba lugar al error, á la ficción, y que al alegrarse como prueba, indicaba obsesión ó malevolencia. Pero, la conclusión era exacta: no había razón para condenarlo, y, sin embargo estaba acusado! Ah! no bastaba ser inocente! Había que parecerlo, jactarse de hombría de bien, publicarla á los cuatro vientos, como si estos progoneros de la honradez fueran los más intachables. Y él tenía motivo para gritar bien alto, con la frente erguida, contra aquella acusación; pero ¿de qué le valía eso, si no podía contar con otras pruebas que sus palabras, su buena fe, su sinceridad, su franqueza y lealtad; y se dudaba de ellas! Nada importaba, pues, que á él le bastase esta lógica suya: á todo hombre se supone honrado mientras no se pruebe que es un pillo. Y en tal concepto, á falta de una prueba material de su inculpabilidad, le había dado su palabra de amigo á Antonio en una explicación que tuvo con él. ¿Qué más podía ofrecérsese á un amigo? ¿Qué otra prueba podía aducir en su defensa que tuviera más valor en el caso? Ninguna. Y Antonio solo aparentó creer en la sinceridad de su palabra. Estrechó la mano que le tendió su amigo: «La cuestión quedaba resuelta; no se hablaría más,» fueron sus palabras textuales; pero, continuó dudando íntimamente, y se manifestó serio con Juan. Con todos reía, jaranaba y tenía expansiones como si nada hubiera pasado; sólo con él gastaba reserva, tirantez que disimulaba á veces con una sonriñita ó una frase incierta. Al advertir Juan ese proceder inciuo de quien él creía amigo, amigo sincero hasta el último momento, aun en aquel en que le dió una contestación que él había creído franca, á las explicaciones tendidas entre los dos, rompió su trato con él, apartóse de sus íntimos y vivió una vida de solitario, ora tan triste que le hacía verter lágrimas de dolor y de vergüenza, ora tan desesperada que le hacía rechinar los dientes de rabia y sentir ímpetus de correr hacia aquel hombre, única causa de su terrible y dolorosa situación; echarle en cara su vil proceder; retarle á duelo, ó, mejor, pegarle un tiro como á un miserable!

Sin embargo, en sus momentos de calma no culpaba á nadie su desgracia, ni á nada más que á la casualidad desastrosa. No concebía como un amigo desconfiarle, afrentarlo de esa manera infame á otro amigo por circunstancias que, bien entendidas, resultaban de valor ficticio. Con meditación y ensañanza de parte de aquél, se hubiera librado de esa situación desdichada, comprometedora aun para sus mejores amigos, los cuales,

unos por debilidad, y otros por ingratitud tal vez, asistieron, tícidamente, á su distanciamiento del grupo, y pospusieron aquella amistad suya, antigua, probada, leal, amistad de corazón, la amistad ideal, por la antojadiza, incierta, variable, superficial, engañosa de una persona recién conocida: un adivenido de la amistad, que no había dado grandes pruebas de altura y corazón, y que tal vez sin el menor escrúpulo podría, en lo futuro, proceder de idéntico modo con el primero de ellos que se le antojase.

Y el pobre Juan tuvo que vivir á solas con sus dolores físicos, con sus padecimientos morales, reboando en su corazón la hiel de aquel desengaño; sin esperanzas, sin alegrías, con su desesperación y sus hastíos y aquel nuevo tormento de su pobre vida, proscripto de aquellos amigos — los únicos de toda su vida — con los que había marchado siempre unido, sin una nota discordante en esa compañía firme y cariñosa, proscripto por la fuerza irresistible de un acontecimiento fatal; el cual era su eterna pesadilla, la continua obsesión de sus noches y sus días de paria, de enfermo, asfixiándose y muriendo solo, delirando llano de fiebre; siempre con el pensamiento de que una tenue sombra de duda pudiera pasar por la mente de los queridos amigos que no había perdido, pero que tampoco en el presente podía decir de ellos, como en el pasado, que eran el consuelo de aquellas sus horas de soledad y abatimiento! Y aquella enfermedad, la maldita neurastenia, recrudescida con el golpe, la impresión moral del suceso, lo apartó por completo de todo y de todos; hasta quebró sus energías para poner de relieve la pureza de su conciencia, su inculpabilidad absoluta, bien de manifestó su honorabilidad probada siempre con sus acciones rectas, menoscabadas en el secreto de la amistad, ó al menos puestas en la alternativa de una duda, por el incorrecto proceder de un titulado amigo, de exiguo ó nulo criterio para poder juzgar á los que le honraban con su trato, á la altura en que éstos se encontraban con respecto á él. ¡Oh! la amistad! ¡qué cosa más cierta, más efímera que la amistad de algunos hombres! ¡Cómo dudada de ella en ciertos momentos! Para consolarse, se refugiaba en la lectura de los libros de su biblioteca; y sus autores favoritos, con sus páginas amenas, dulces, y humanas, templaban su dolor y lo acompañaban en su soledad!

Juan se formó nuevas amistades. Entre los nuevos amigos tuvo algunos cuyos afectos fueron tan sinceros y ciertos como si fueran afectos antiguos.

Al encontrarse casualmente en la calle, en el teatro ó en el café, con alguna de sus antiguas relaciones, con el dulce amigo de corazón, ó el fraternal compañero de las bancas de la escuela, volvió á creer en ese puro afecto, y las manifestaciones cariñosas de aquellos inolvidables seres le hacían vivir feliz durante el rato que se encontraba á su lado, recordando escenas y tipos de aquella época remota de su vieja y franca

amistad en aquel presente algo incierto por el fatal suceso.

En el círculo de los nuevos figuraba el amigo bueno entre los buenos, puro corazón y sentimientos nobles; y sus compañeros de paseos y entretenimientos, que le proporcionaban ratos felices con sus franquezas, sus bondades y su charlar espiritual; el *amateur* literario, con quien se pasaba horas enteras paliqueando agradablemente sobre los hombres de letras del tiempo pasado y moderno; sobre viajes, ciencias, historia y cuanto abarcaba su ilustración; el *dilettanti* de la música y el canto, que lo solía entretener con sus amenas charlas teatrales y musicales; y así, venía después el charlatán, con un memorión inconcebible, inagotable, que hablaba, hablaba continuamente sobre uno ó más temas á la vez; el versista, que con su voz sonora y entonación musical recitaba largos tiradas poéticas; el políglotillo, intransigente partidario que suscitaba frecuentes debates, en los cuales siempre se le hacía oposición para exasperar su apasionamiento de partidario; el burgués, con instintos de comerciante y afinidades *estetrás*, que no sabía hablar de otra cosa que de mercancías y caballos; y, por último, el enfermo, un atacado de los pulmones por herencia; quien se aislaba con Juan en largas *tenidas* sobre sus respectivas enfermedades, prodigándose mutuamente recetas y tratamientos, aconsejándose recíprocamente el paseito al campo en los días templados para respirar aire puro y tomar un baño de sol, las largas caminatas en el invierno para estimular su débil aparato circulatorio, y enclausurarse con un libro en la mano y un *puff* en los pies, los días húmedos. Tales reuniones tenían lugar en la rebótica de una farmacia. Las noches de verano se charlaba alegremente de todo y también se trataba con seriedad de política, artes y literatura; en las noches de invierno se tallaba al «monte».

Juan, entre aquellos amigos que lo consideraban por sus buenas cualidades personales, y su ilustración y buen criterio; que lo llenaban de cuidados, de atenciones, en una palabra, trataban de alejarlo de sus tedios, de hacerle suave, fácil, ligera, aquella su vida pesada y triste de hipocnóstico, se aburría mortalmente, sentía la nostalgia de sus otros amigos, en aquella especie de destierro á que le habían arrojado las fatales circunstancias, sin salir de la patria, sin alzarse del sitio en que se hallaban aquellos. Y su mal cada vez era peor, cada vez le era más molesto, insupportable, hasta hacerle pensar en el suicidio en sus noches crueles de insomnio y de delirio transcurridas enteras en claro, destruyendo visiblemente su organismo. ¡Ah! ¡cuántas veces en aquellas reuniones, entre las risas y charlas, de los demás, ó sentados todos alrededor de una mesa, él, con una baraja en la mano, perdido el tino, pasaba por los horrores de un acceso de dispepsia, haciendo esfuerzos sobre-humanos para pasar inadvertido ante ellos! ¡Cómo sufría el desdichado con aquella cruel agonia suya al frente de la vida manifestada en todos — sus rostros de sus compañeros! Y así casi siempre se deslizaban sus ratos en aquella compañía de jóvenes, todos sanos, contentos, satisfechos de vivir, con quienes

él conversaba á ratos ó jugaba sólo para extirpar aquella terrible obsesión de su enfermedad que lo hacía vivir constantemente con la visión de la muerte ante sus ojos!

Cierta noche que se hallaba toda la sociedad reunida alrededor de la mesa, jugando al «monte», Juan tuvo una pequeña discusión sobre el juego con uno de ellos, el más antiguo de sus compañeros, quien en un momento de ofuscación, con apasionamiento de jugador, quizá porque iba perdiendo unas miserables fichas, sin pensar que Juan jugaba sin el menor interés y sólo por pura distracción, para despreocuparse de aquella enfermedad que lo atormentaba como á un condenado; sin advertir aquel que el pobre joven ni aun sabía barajar los naipes, ni entendía bien aquel juego de azar, interpretando al revés lo que acaso hubiera sido una torpeza, una chamonada, una inadvertencia de su espíritu cavilador, como una mala jugada lo que era simplemente un descuido, le «enrostró furiosamente el dictado más bajo y humillante que puede dirigirse á un hombre de honor y de vergüenza»: le llamó fullerol! ¡Cómo sufrió Juan ante el insulto de aquel amigo, que si no era un jugador, al menos era un apasionado en el juego, en el momento en que sus dedos crispados peinaban la baraja y se hallaban en contacto con las fichas! ¡Qué fatallid! Era su destino que siempre se dudase injustamente de su honor y de su buena fe.

PEDRO C. MIRANDA.

Leopoldo Lugones

Después de haber leído los versos de este poeta, vino á mi mente la idea de que Víctor Hugo, al morir, había dejado en su lira muchas cosas que cantar.

A José Ingenieros.

Es Leopoldo Lugones un joven de veintitrés años, de estatura mediana, pero de una constitución férrea. La frente alta y despejada, por la que á menudo parece que cruzaran relámpagos los ojos oscuros, que rutilan bajo las cejas espesas y renegridas; el cabello negro y laño; el bigote pequeño, del que hace poco caso, y los labios gruesos y rojos; que si sonríen, dejan entrever algo muy blanco que desagradó á los burgueses. Es de un temperamento excesivamente nervioso; cuando recita alguna cosa que lo entusiasma, cierra los puños hercúleos y empieza á accionar en actitud soberbia.

Su carácter es firme y enérgico, cosa que llama la atención por ser poco común entre nosotros. Él hubiera dicho á Sheridan lo que Delpini, un día en que éste apareaba al director con motivo de un atraso de salarios, y en que Sheridan le contestó duramente, diciéndole que olvidara sus respectivas posiciones.

«En verdad que no señor Sheridan, replicó Delpini, nada he olvidado; é perfectamente la diferencia que existe entre nosotros. Por el nacimiento y la familia, yo que

solo superior á mí; pero en el vivir, el carácter y la conducta, soy superior á vos.» Emerson ha dicho que «los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad á que pertenecen». Lugones es uno de ellos.

Pobre, pasando tal vez privaciones, vive modestamente en su hogar, sin molestar á nadie. No puede hacer lo que el Tasso, no puede adular; al contrario, donde ve injusticias ó infamias las hace públicas, lanzando contra el malhechor su anatema impregnado de santa indignación.

Apenas llegó de su provincia, donde se mantenía ignorado, y leyó sus poesías en el Ateneo, la mayoría de nuestros escritores exclamó: es un maníático, un degenerado. Los burgueses murmuraron á media voz: es un loco de atar. Y el pueblo dijo: es nuestro jefe.

Pero pocos, muy pocos, se atrevieron á afirmar: es un poeta.

Rubén Darío fue el primero que lo proclamó tal, en un brillante artículo que publicó en *El Tiempo*, lleno de elogios entusiastas.

Y ahora todos reconocen al poeta. Pasemos á hablar de él.

Sus versos son una inmensa campana, cuyos enormes repiques anuncian la aurora del gran poeta de América.

Ellos contienen imágenes raras, pensamientos nuevos, en formas no usadas; y sus metáforas y concepciones son tan gigantescas, que se necesitaría el espacio que ocupa Júpiter, el rey de los planetas, para poderlas contener.

Nos habla continuamente de abismos insondables, donde pululan en confusión horrenda monstruos deformes y espantosos, blancos esqueletos que hacen muecas fatídicas, mientras bailan una danza macabra sobre los sepulcros de un cementerio en ruinas, trépidamente alumbrado por la luz de una luna amarilla cuya faz semeja una cara de muerto; vampiros sedientos; pulpos asquerosos; perros que ahullan trágicamente en las tinieblas y sapos que dejan por el suelo largas hileras de babas viscosas y repugnantes; pero también nos hacen soñar con las noches serenas sembradas de estrellas de oro que cintilan sin cesar en la inmensidad de la bóveda celeste, con vírgenes místicas de una blancura comparable á la de los lirios, que llevan en la frente divinas aureolas de luces de ópalo, con jardines encantados donde triunfan las rosas en una eterna primavera, con los pálidos crepúsculos de otoño y con el helado invierno que reina en un país extraño en cuyas costas sombrías:

Hay un bardo que sueña en las noches ingratas,
El paisaje oriental de una exótica Estambul;
Una plácida mar con aadas fragatas,
Y radiante de glaucos, y cisgas y platas,
..... Azules.....

Lugones adora á Homero, Dante, Wal. Witman y Víctor Hugo, sin dejar de comprender á Verlaine. Pero él no imita á ninguno. Si bien es cierto que sus concepciones se asemejan á las de Hugo por la fuerza y por la magnitud, son completamente dife-

rentes en el fondo. Se ha creado un estilo propio y originalísimo, del que no conozco antecesores en un verdadero modernista.

Pero, como no falta quien aún dá á este vocablo una errónea interpretación, debemos repetir una vez más, que ellos confundieron á los poetas de vuelo con los versificadores falsificados, que creen ser modernistas con sus versos que no son otra cosa que un contenido de palabras raras y huecas pescadas en los diccionarios, de imágenes gastadas y de ideas triviales, cuando las tienen, porque la mayoría de las veces los tales versos dejan al lector en ayunas. Esos no son modernistas ni son nada; son, sí, los medrosos del arte que los ha habido en todas las épocas y bajo la dominación de todas las escuelas.

Poco importa que un poeta sea clásico, romántico, parnasiano, decadente ó simbolista: la cosa está en que sea verdaderamente un poeta. Y para serlo, se necesita crear cosas nuevas, que conduzcan nuestra mente por rutas desconocidas y no repetir constantemente lo que otros han dicho hace ya muchos años.

Al leer una composición de Lugones, no sólo sentimos el deleite que produce el ritmo, la rareza del metro, la novedad de las imágenes, sino que tenemos que hacer trabajar el cerebro para penetrar en sus pensamientos misteriosos, llenos de severa majestad.

Cuando canta á la tempestad tiene el poder de imitar su grandeza con sus estrofos, en las que brama continuamente el Bóreas; estrofos que después de leídas parece que dejarán en el oído como un sordo rumor de truenos.

Escuchad este final de un cuadro en que pinta un crepúsculo trágico en las costas africanas:

Arriba la noche. Las nubes que llegan
Anuncian á la onda su negra intención;
El árabe ceba su vieja espingarda,
Y arregla de almohada su blanco almohor.
Despierta la tromba rompiendo los aires;
La mar, presintiendo la vasta succión,
Su tráfago de olas inquieta, y el trueno
Redobla en las sombras su enorme tambor.

Para él, la poesía está en la perspectiva y en el ideal, es decir: en el yo. Y tiene razón. Si contemplamos con la mente un objeto cualquiera al través de los años ó de una gran distancia, nuestra imaginación lo envuelve en una fantasía excelsa; y todos lo vemos de una manera distinta. Flammarion dice que al penetrar en el mundo científico de la astronomía, debemos dejar todo lo que nuestro cerebro se haya imaginado referente á los astros, para palpar una realidad infinitamente más bella. En este caso se explica, porque vamos á conocer una realidad tan inmensa, que nosotros no hemos podido ni siquiera sospechar.

Pero en nuestro planeta, en la vida humana, no sucede así; forjaos una ilusión, y por pequeña que ésta resulte, superará siempre á la realidad más hermosa.

Lugones se siente atraído por el misterio, y él lo sigue en busca de ideas nuevas; por eso ya una vez cayó en un abismo tan profundo que allí no había Dios.

..... Mentes lejanas
levantaban sus cúpulas oscuras
de nieve, bajo el brillo de los astros,
como enormes cabañas de ballena.
Describía Saturno un leito arrojado
sobre el tremendo acosbro de la noche.
Los solemnes reposos del Océano
desnublaba la siniestra luna,
y las ondas, hirviendo en los peñascos,
hablaban como lenguas, con el grito
de las vidas humanas que tragaron.

Y sin embargo he oído de boca de más de un impotente calificar á este poeta de loco, diciendo que su cerebro no alberga nada más que tinieblas.

¡Loco! ¡Tinieblas! Y bien, yo no dudo de que en su cerebro haya una noche, pero debe de ser como la de Homero, de la que él nos habló en la notable conferencia que dió en el Ateneo: «una noche poblada de astros.»

Además en sus *Flores de Pesadilla*, composición digna del autor de las *Orientales*, lo ha confesado así, cuando dice á Histeria:

¡Oh! no mires más ojos; hay un vértigo
dormido en sus tinieblas; hay relámpagos
de fiebre en sus honduras misteriosas,
y la noche de mi alma más abajo,
una noche cruzada de cometas
que son gigantes pensamientos blancos.

Algunos quisieron negarle la cuerda delicada del amor, que tan armoniosamente vibra en su lira. Lugones posee la ternura del verdán, que es la verdadera, la única que debe tener el hombre. Este, fuerte, no conoce el llanto.

El tiene el secreto de las medias tintas y sabe sacar efectos sorprendentes en la división de los colores. Su soneto *El pañuelo* está impregnado de bruma, de tristeza y de melancolía:

Poco á poco, vistiendo otra hermosura,
Aquel cielo de encanto y primavera
Se puso negro, cual si lo invadiera
Una idea poética y obscura.

Era como una lira la espesura
Del bosque, y en la pálida ribera
Padeña la tarde, cual si fuera
Un perdón de suprema desventura.

Como las alas de un alción herido,
Los remos de la barca del desvelo
Azolaron el piélagó dormido.

Cayó la noche; y entro el mar y el cielo
Quédo por mucho tiempo espavento
El silencioso adiós de tu pañuelo.

Canta el amor de un modo diverso que los demás; su pasión es de fuego; en sus versos palpita la vida, el deseo carnal, y se siente hervir la sangre; pero no es de los que se arrodillan á los pies de la amada para mendigarle una caricia; hasta en eso conserva su fuerza de carácter. Su *Nocturno* hecho en clásicos endecasílabos, es á mi ver una de las joyas más finas y brillantes de nuestra literatura. Ganas me dan de produciría interita, pero su dimensión me lo impide:

«Sobre lenguaje»

Señor don Carlos Martínez Vigil, Montevideo.

Mi distinguido señor y amigo, Cumpro la grata obligación de dar a Vd. recibo de su folleto gramatical Sobre lenguaje, que quiso remitirme por el correo ante-pasado, folleto que ya me era gustosamente conocido por la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES. Como las materias tocadas por usted son las de mi particular dedicación, estoy esperando a que las vacaciones patrias de este mes me den el espacio suficiente, y pienso entonces dedicarle un corto estudio que le enviaré a guisa de correspondencia o colaboración para la REVISTA.

Mientras ese día llega, expreso a Vd. mis agradecimientos por su atento recuerdo, y me digo su amigo y obsecuente servidor.

E. NERCASSEAU Y MORÁN.

Santiago de Chile.

Angol, 30 de agosto de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil, Montevideo.

Mi muy estimado señor: Le agradezco muy sinceramente el envío de su folleto «Sobre lenguaje.»

Me he complacido mucho al ver que Ud. dedica al libro su actividad intelectual; lo que es por cierto más beneficioso para su país y para sus admiradores, entre los cuales se cuenta el infrascripto. El trabajo dedicado al periodismo suele ser menos conocido y apreciado que el libro, i aun no hace dar de sí a inteligencias distinguidas todo lo que pueden producir, por la falta de profundidad con que se tratan tantos i tan complejos asuntos.

Me ha complacido igualmente ver que Ud. sostiene, en cuanto a lenguaje, teorías tan lógicas i aceptadas por los mejores gramáticos.

En efecto, es evidente que los idiomas están sometidos como todas las ciencias a la evolución del progreso: nada puede haber estacionario. Nuevas ideas o conquistas científicas requieren nuevos términos. Usar en absoluto en estos tiempos el lenguaje de Cervantes, sería tan erróneo como vestirse con el traje de la época de este autor.

Hasta los idiomas de los pueblos bárbaros se van renovando. He tenido que estudiar el mecanismo, del araucano para escribir un trabajo que tengo entre manos, i he encontrado esta misma transformación.

Pero, como Ud. lo dice muy bien, los términos nuevos son para las ideas que no tienen expresión en la lengua. Lo demás es introducir la confusión con palabras inútiles en las leyes i en las ciencias principalmente.

Tengo, pues, el gusto de tributarle mis más sinceros aplausos por la publicación de su interesante folleto.

EMILIO BERRISO.

Ven, mi amada: la noche está propicia. Violentos la ironía de sus lutos. Todo tu cuerpo es una gran carnicía: Sea tu boca el diestro de tus frutos.

Tu esclavo no! Es débil el que deja Que su alto timbre de varón le roben. Yo rey, ti reina, un nido, una pareja Fundadora de estirpes, fuerte y joven.

Cierra los ojos con sonriente calma, Místrans los besos de tus labios robot: Yo quiero amarte toda, carne y alma; Completar a Villón con Juan Jacobo.

Su prosa es tan original como su verso; no se parece a la de ninguno; y los giros raros, el abuso de adverbios, los párrafos trunco y llenos de asonancias que en ella se notan, no son como algunos pudieran creer rebuscamientos exóticos para producir efectos más ó menos agradables al oído, sino que brotan espontáneamente junto con el pensamiento que casi siempre, y sin casi, es de una originalidad sorprendente.

Tiene períodos de prosa sonoros y vibrantes como trompas bélicas, que van aumentando sus redobles metálicos hasta llegar al fin donde estallan.

Trabaja mucho y bien, y cada dos ó tres días aparece uno de sus artículos trayendo coquisgo ideas atrevidas y valientes. Es una continua catarata llena de clamores desconocidos.

Su profesión de fe es la igualdad social. Pero esta igualdad se entiende que es en el punto de partida de cada ser: después cada cual puede elevarse sobre los demás, debido a sus propias fuerzas.

Su socialismo no fú jamás un recurso de arte, como algunos envidiosos pretendieron hacer creer, envidiosos que pronto cerraron sus hocicos babosos cuando le oyeron tronar.

En La Montaña, periódico socialista revolucionario, publica cada quince días sus artículos de proclama, que van a herir como lanzas de acero a los rancios burgueses, e infunden en el alma de los pobres el valor para la lucha, insinuándoles a que sigan batallando para su propio bien y enseñándoles la cúspide resplandeciente y gloriosa donde algún día flameará a todos los vientos la bandera roja, que es el símbolo sacrosanto de la igualdad humana.

¡Ah, poeta! Al concluir, sólo me resta repetirte las palabras que definen mejor que nada tu naturaleza de artista: son las que Baldad Suhita dijo a Job, cuando éste acababa de lanzar a los vientos del desierto su trueno de lamentaciones: «Habla como la tempestad!»

BENJAMIN ARAUJO

Con este motivo lo saludo muy atentamente su atento i S. S.

TOMÁS GUEVARA.

Balparaiso, agosto 24 de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil, Montevideo, Uruguay.

Mi distinguido señor:

Kon sumo agrado e leído su utilísimo trabajo intitulado «Sobre lenguaje», trabajo ke usted a tenido la fineza de remitirme por correo.

La atenta dedicatoria ke usted a escrito en la portada aumenta para mí mucho su valor i será doble motivo para ke lo conserve kon sumo entre mis libros, tanto por su intrínseco valor como por ser obsequio de su autor, cuyas producciones leo siempre kon profundo interes i verdadero provecho.

Aprohecho esta okasion para saludarle muy atentamente i desirme su mas atento e incondicional servidor

KARLOS NEWMAN.

«SOBRE LENGUAJE»

Con el título de Folletos gramaticales, el joven D. Carlos Martínez Vigil acaba de publicar uno interesantísimo sobre lenguaje, que será leído con gusto y con provecho por todos los que cultivan esta clase de estudios, y que recomendamos a nuestros estudiantes de gramática.

El Sr. Martínez Vigil, que regenta actualmente la clase de gramática castellana en la Universidad de Montevideo, creemos que ha demostrado con este solo folleto, lleno de erudición sobre la materia, que es muy competente para desempeñar tan delicada comisión cual es la enseñanza del idioma, y al mismo tiempo la corrección de los vicios y errores que se van introduciendo en él, y que todo buen profesor de gramática debe esforzarse en patentizar a sus discípulos.

El folleto a que nos referimos ha sido escrito con motivo de una obra del célebre escritor peruano don Ricardo Palma, titulada Neologismos y Americanismos, y viene perfectamente bien en ésta época, en la que no se anda con muchos escrúpulos para emplear palabras extranjeras, aunque las tengamos y muy buenas en castellano, ni lo que es peor, para formarlas, aun cuando las haya muchas veces a pares, que expresen la misma idea.

Es indudable que nuestro idioma nacional, que es el español, rico, expresivo y sonoro, necesita ya grandes correcciones para depurarlo de los muchos defectos con que lo han dañado la ignorancia del vulgo, siempre inclinado a hablar mal, la abusiva introducción de palabras extrañas innecesarias, la nudadía de algunos en formar palabras nuevas, que en bastantes casos dicen lo contrario de lo que han querido expresar sus autores, tanto lo cual ha sido tolerado por la imperdonable negligencia de la Academia, encargada de velar por la pureza del idioma.

ma de Cervantes, de Calderón y de Lope de Vega.

Varios escritores españoles contemporáneos han predicado energicamente contra este mal, lo cual demostraría que no es sólo en la América Española donde se corrompe uno de los más hermosos idiomas del mundo, sino también en la misma madre patria.

Este mal obligó a don Francisco J. Orellana a escribir su libro titulado Zafato del Lenguaje, publicado en Barcelona en 1832 — 3ª edición — el cual es, según las mismas palabras del autor, un vocabulario de disparates, extranjerismos, barbarismos y demás corruptelas, pedanterías y desatinos introducidos en la lengua castellana, recopilados de muchos periódicos políticos y literarios, novelas y libros más ó menos científicos, discursos académicos o parlamentarios, documentos oficiales y anuncios particulares.

El autor que acabamos de citar, concluye su prólogo con el siguiente párrafo: « Cuando se imprimió por primera vez este libro me despedí de ti (del vulgo) diciendo: — Aquí doy fin hasta la 2ª edición. — Desde entonces acá he recopilado unas docientas voces ó acepciones nuevas, con las cuales, si las aprendes bien, puedes hacerte doble más disparatado que antes. »

Si esto sucede en España, fácil será medir hasta dónde llegará ya la corrupción del idioma en América y hasta qué grado podrá llegar, si no ponemos dique al torrente de palabras, frases, modismos, y hasta de verdaderos disparates que invade el periodismo, la literatura, los libros de toda especie, y sobre todo la conversación familiar, que es precisamente donde la corrupción asegura, sus primeras raíces.

Existe, pues, la necesidad urgente de cortar en todo lo que sea posible ese mal que nos irá separando cada vez a más distancia de nuestro verdadero idioma, y de aplicar el remedio deben encargarse aquellos a quienes la patria da la misión de enseñar a la niñez en las escuelas y corregir a la juventud en las Universidades.

Contribuirán poderosamente al buen resultado los libros como el que nos ofrece el señor Martínez Vigil y una crítica constante y severa contra todo vicio que se introduzca en el lenguaje, no dándole lugar a que el pueblo le tome cariño, como va sucediendo actualmente con la pregunta ¿sabr? que se va ya empleando a cada momento, venga bien ó mal, no sólo por el vulgo, sino también por algunas personas ilustradas.

Estamos muy de acuerdo con el autor de Folletos gramaticales en creer que se yerran en esta materia cuantos quieren resolverla con el criterio estrecho de un exclusivismo radical; que no están en la verdad ni los que piensan que una lengua puede ser indiferente al progreso, ni los que se figuran que un Diccionario debe contenerlo todo, sin más cánones y límites que los impuestos por las versatilidades y caprichos del vulgo necio; pero no debemos olvidar que la riqueza de un idioma no consiste tanto en el número de sus palabras, como lo entiende el vulgo, cuanto en su concisión, y en la relación que dichas palabras guardan con la idea ó el pensamiento que ellas representan.

Por consiguiente, toda palabra nueva, ya

sea tomada de otro idioma, ya sea formada por el escritor, que no sea necesaria, ó que represente mal la idea que se quiere, puede decirse materializada con ella, en vez de enriquecer el lenguaje lo empobrece y es un germen de corrupción, como muchos que existen en el castellano y que se pueden ver en sus mismos Diccionarios.

Defender a nuestro idioma contra la pobreza que lo amenaza es quizás el principal objeto que se propone el joven Martínez Vigil con su interesante folleto y con los que probablemente publicará más adelante sobre el mismo tema. Basta esta consideración para aplaudir su erudito trabajo y para animarlo a continuar.

Sea todo esto dicho en cuanto a la idea general del libro, pues en cuanto a sus detalles no es en un artículo de diario, escrito a la ligera, donde se puede hacer su estudio, ni apreciar con exactitud las opiniones del autor respecto a los muchos neologismos y americanismos que analiza y juzga, rechaza ó acepta, ayudado por la lógica y una enviable erudición.

Este estudio detallado corresponde a los hombres que como el doctor Martínez Vigil dedican muchas horas de trabajo a tan interesante materia. Y téngase presente que estudiar y discutir el libro que nos ocupa en este artículo equivale a hacerlo más útil para la juventud estudiosa que desea perfeccionarse en su idioma.

Concluimos felicitando al autor por su importante folleto y le agradecemos el ejemplo que nos ha dedicado con palabras muy bondadosas.

(El Telégrafo Martiño, Montevideo.)

MEDICINA LEGAL

Pág. 110. (Continuación)

Se citan casos varios de descubrimiento de delitos de homicidio por las manchas de sangre halladas en las paredes, en las ropas, en las armas, etc; y así se presenta el caso de una mujer a quien se encontró muerta en el fondo de un sótano, con una herida en la cabeza. Todo hacía suponer que se trataba de un accidente casual y que esa mujer se había caído al sótano, infringiéndose esa herida en la cabeza, de cuyas resultas había muerto; pero dió la casualidad de encontrarse en la pieza situada sobre el sótano una mancha de sangre causada en apariencia por un chorro fuerte de ella y cuyo chorro al encontrar la pared había dejado en ella una mancha bien distinta. Este fué el hilo del juicio, resultando después de las averiguaciones necesarias que se hicieron en el curso del proceso, que la citada mujer había sido muerta de un garrotazo en la pieza situada arriba del sótano y después arrojada a él.

Otro caso en que las manchas de sangre daban origen al asesinato es el siguiente: se cometió el hecho en una habitación que comunicaba con otras, y por las que tuvo que pasar el asesino a tientas, por estar a oscu-

ras, apoyándose en las paredes con las manos teñidas de sangre, dejando como huella en ellas las señales, señales que iban hasta una habitación en que sólo penetraba una persona, lo que dió por resultado que se le imputase a ella el crimen. Posteriormente resultó ser ella en efecto la verdadera culpable.

Muchas veces los regueros y manchas de sangre permiten reconstituir el hecho. Se mencionó el caso de dos individuos que se trabaron en pelea con armas blancas, de resultas de cuyas heridas ambos fallecieron. Se encontraron primero dos charcos de sangre, uno frente al otro; después y a continuación de ellos, una senda formada por la sangre de cada uno de ellos luego otros charcos grandes, uno al lado del otro, etc. Esto hacía suponer que habían estado peleando frente a frente ambos; que luego se separaron y que quizá debido a nuevas provocaciones volvieron a la lucha otra vez, dando lugar al otro charco de sangre, producido por la hemorragia sobre un punto fijo, acaecido mientras se apuñalaban. Y, en efecto, las cosas habían pasado así.

En las ropas puede haber manchas de sangre internas y externas, es decir, en la parte que afuera ó en la de adentro de ellas. No es tan fácil encontrar las manchas de sangre; en la ropa blanca se transforma con el tiempo su color, cambiando su tinte rojo primitivo, por un color oscuro tirando a chocolate; mientras que en ropa negra toma un color blanco amarillento. Un autor francés cita que descubrió una mancha de sangre en una tela negra, merced a la luz artificial reflejada sobre esa mancha de un color blanco amarillento; lo que no había podido obtener con la luz del día. Este es uno de los procedimientos propuestos para encontrar las manchas, vista la dificultad que hay para determinarlas. Como medida de prudencia un perito que encuentra una mancha sospechosa no debe, sin analizar, decir si es ó no de sangre.

En las armas es mucho más difícil reconocerlas, pues se oxidan fácilmente en la hoja y destruyen por consiguiente la sangre. Generalmente, como es de suponer, en las armas de fuego no hay manchas de sangre. En las blancas, si el arma está manchada, es una presunción del crimen (tratándose de un supuesto criminal); pero cuando no están manchadas, esto no implica que no haya habido tal asesinato, porque aparte de que pueden haber sido lavadas, hay armas que al herir dejan en la -hoja poca sangre, la que acaba por desaparecer al pasar por las ropas que ha destruido, al salir, ropas que acaban de limpiarla por completo. Por otra parte, el perito debe además estudiar todos los detalles insignificantes que tenga el arma: en una arma de superficie lisa es más fácil que la sangre no deje huellas en ella, lo que no sucede con las que tienen hojas grabadas, ó tan sólo con la marca del fabricante ó con cualquier otro signo análogo, pues entonces es fácil que aunque se laven, quede algún coágulo de sangre en esos dibujos ó letras, que se pueden sacar con un alfiler y examinarlo.

Serían todos estos los datos a recojer ba-

to el punto de vista de considerar la sangre como mancha.

II.—*Cuestiones médico-legales á que da lugar la mancha de sangre.*—Lo primero que se tiene que determinar es si es de sangre la mancha de que se trata, y esta cuestión, corresponde al perito solucionar. Muchas veces el Juez no encuentra ninguna y entonces también se dirige al perito para que éste, estudiando todos los datos y detalles, le diga si ha habido atentado.

Si la mancha no fuese de sangre queda cortada la cuestión. Si los peritos resuelven que la mancha es de sangre, no está todo resuelto todavía: hay entonces que averiguar si existe ó no crimen, pues puede tratarse de la sangre de un animal. Se citó en clase el caso de un paisanito de Rocha, sobre el que se tenían sospechas de un crimen, sospechas que se corroboraron con ciertas manchas de sangre que se encontraron en las bombachas. Sin embargo, él alegaba que era inocente, que si esas manchas existían serían debidas á la sangre de un capón que había carneado. Todo esto resultó cierto y se le absolvió.—De manera que la cuestión á resolver es la de si la mancha es ó no de sangre humana. Esto es difícilísimo. Se puede decir que la sangre es humana, sin que por esto la cuestión esté concluida; por poder proceder, p. ej., en la mujer de la menstruación, y existir en un hombre que ha tenido acceso con una mujer en ese estado.—Otra cuestión importante relacionada con ésta atribuye en considerarse si una tela manchada ha sido sujeta á la acción del lavado.

Primera cuestión.—*Dada una mancha, determinar si es ó no de sangre.*—¿Se puede precisar esta cuestión? Sí, hay métodos físicos y químicos que permiten hacerlo; fuera de que el estudio de las cantidades de los glóbulos de la sangre ayuda también la dilucidación de este punto. Muchas veces, sin embargo, no se da con los caracteres primordiales constitutivos de las manchas de sangre, siendo entonces prudente apelar á los secundarios, siquiera para obtener, si no la certeza, por lo menos cierta posibilidad. En conjunto, los caracteres pueden llevar á la conclusión de que se trata de verdaderas manchas de sangre.

Segunda cuestión.—*Determinar si la mancha es de sangre humana.*—Esta es una cuestión llena de dificultades. Los elementos constitutivos de la sangre y sobre todo los glóbulos de ella, presentan dentro de la clase de los mamíferos, analogías capaces de llevar á conclusiones erróneas. El glóbulo de la sangre de los mamíferos es discoidal bicóncavo, carece de núcleo, etc.—Si el glóbulo tiene los caracteres propios del mamífero, entonces es el caso de averiguar si se trata de sangre humana. Sin embargo, esto es difícil; el dato principal que se puede consultar es la dimensión de esos mismos glóbulos que, entre primateos, puede ser caprichosa, habiendo mamíferos como los perros y los conejos cuyos glóbulos sanguíneos son iguales á los humanos. Esto último puede confundir al perito: sin embargo, dirá que los glóbulos tienen tales ó cuales dimensiones, que se alejan más ó menos de los glóbulos sanguíneos del hombre. Los

procedimientos que se emplean son generalmente químicos, basados en reacciones químicas caprichosas. Hay quien ha sostenido que tratándose de manchas de sangre, la acción del ácido sulfúrico sobre ellas obra reproduciendo el olor peculiar del mismo ó de que pertenece: chivo, zorrillo, hombre, etc. Se contesta en primer lugar que esto no es cierto ni serio; y además que se trataría de una cuestión puramente subjetiva, es decir, del que aprecia el olor despedido por la acción del ácido sulfúrico sobre la mancha.

Tercera cuestión.—*Determinar cuánto tiempo tiene la mancha de sangre.*—Cuando es vieja es difícil averiguarlo. Sin embargo, cabe señalar que no ha faltado alguien que ha presentado ciertas tablas en las que se segulan las decoloraciones de las mismas, ocasionadas por el tiempo, durante períodos cortos, de un mes á un año. Sobre esto notaremos en primer lugar que los períodos son relativamente cortos y que, por otra parte, dichas tablas no satisfacen las exigencias científicas.

Cuarta cuestión.—*Determinar si una mancha de sangre ha sido ó no lavada.*—Esto se puede averiguar fácilmente, mediante ciertos procedimientos, con los que se le puede hacer reaparecer. Á veces la mancha de sangre puede confundirse con las de hierro, tabaco, excremento de pulga, chinches, moscas; pero pueden distinguirse bien unas de otras, por tener cada una de ellas caracteres propios que impiden confundirlas en las manchas de sangre, después de haberse practicado un estudio detenido. Sucede á veces que la mancha de pulga ó de chinche aparece mezclada con sangre humana, pero esto se debe ya á la picadura, ya á la sangre absorbida por algunos de esos animales y que no ha sido absorbida.

Quinta cuestión.—*Otra cuestión puede suscitarse: determinar si las manchas existentes son de sustancia cerebral.*—La importancia de esta cuestión se manifiesta en el caso siguiente: supóngase que una persona recibe de su agresor un hachazo en la cabeza y que á consecuencia de él salta sustancia cerebral y mancha las ropas del victimario. En este caso el examen de las manchas puede arrojar mucha luz. Este examen se hace merced á microscopio que denuncia las células nerviosas, etc.

Seiza cuestión.—*Determinar si las manchas que se encuentran en las manos son ó no de pólvora.*—Esto es fácil de resolver, estudiando las manchas en sí. La pólvora común tizna de negro las manos y todos los objetos que se ponen en contacto con ella, y las manchas que ocasiona si permanecen al contacto del aire y del arma forman sulfato de hierro, cambiando su color y su aspecto. La pólvora inflamada deja en las armas y objetos con que éstas se limpian una costra de color negro azulado de olor sulfuroso, que dura algún tiempo.

IV

Otras cuestiones importantes sobre las armas.—I.—a.) *Determinar á que distancia se ha hecho el disparo.*—Esto es muy fácil saberlo y no hay inconveniente en que se recomie al perito médico el que lo deter-

mine, á pesar de los que sostienen que esta investigación es de exclusiva incumbencia de los peritos en las armas, sino que se sostiene que es muy fácil ponerse al tanto de ello por el perito médico y puesto que éste se ocupa de hacer la luz en el hecho á su estudio, no hay inconveniente que abarque también esta cuestión. Para averiguar la distancia hay que valerse de la misma arma, haciendo disparos sobre cartones á distancias diferentes.

b.) La ley, ó mejor dicho el Juez, puede pedir al perito que determine si tal ó cual lesión ha producido tal ó cual inutilización de un órgano ó de una función, pues, según nuestro Código Penal, tratándose de lesiones, esas circunstancias agravan la responsabilidad del agente y por consecuencia aumentan la pena. Pero no sería correcto que el Juez interrogara si tal ó cual lesión podía producir la pérdida de un miembro, etc., por cuanto puede suceder que antes de estudiarse bien el hecho, ó mejor, antes de consumarse la inutilización ó la pérdida de la función, el perito dijese que sí, que esa sería la consecuencia de la lesión y que el Juez en vista de esa constatación, aplicará la pena correspondiente, y que, debido á la clase de lesión, al método curativo ó á lo que se quiera, esa pérdida y en general ese resultado que se esperaba de la lesión y sobre lo que se dictaminó, no se cumpliese. En este caso, como la ley no castiga la probabilidad de ese desastre, sino su efectividad, tendríamos que el Juez, por haber querido ir demasiado lejos, tiene que renovar el proceso.

II.—*Asfixia.*—Se entiende por tal la alteración respiratoria capaz de producir la muerte. Decimos capaz, porque no siempre la produce.

La asfixia, bajo el punto de vista científico, puede clasificarse de diversas maneras, pero nosotros tan sólo la estudiamos y dividimos bajo el punto de vista médico—legal y, en este último concepto, se la divide en: asfixia por sumersión, por sofocación y por suspensión.

Se entiende por asfixia por sumersión, la que se produce por la colocación de las vías respiratorias en un líquido; bastando tan sólo con que la cabeza esté sumergida en el líquido.—La asfixia por sofocación comprende varios grupos, como la producida por un gas irrespirable, la ocasionada metiendo la cabeza en un medio pulverulento.—La por estrangulación, es la asfixia producida oprimiendo el cuello.—La por suspensión, tiene lugar mediante una cuerda u otro objeto análogo con el que se oprime el cuello.

JOSE FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.) Pág. 158.

